FERNANDO LOPEZ MARTIN

EL REBAÑO

DRAMA EN TRES JORNADAS Y EN VERSO



LIBRERIA Y EDITORIAL RIVADENEYRA



EL REBAÑO

FERNANDO LÓPEZ MARTÍN

EL REBAÑO

DRAMA EN TRES JORNADAS Y EN VERSO CUYA ACCIÓN SE DESARROLLA EN LA CIUDAD DE BURGOS DURANTE EL LEVANTAMIENTO DE LAS COMUNIDADES DE CASTILLA

SEGUNDA EDICIÓN

1921
EDITORIAL RIVADENEYRA
PASEO DE SAN VICENTE, 20

Sucesores de Rivadeneyra (S. A.).—Paseo de San Vicente, 20.

A Enrique Borrás,

gloria de la escena española, con todos los fervores de mi admiración, de mi gratitud y de mi respeto.

Fernando López Martín.



JORNADA PRIMERA

PERSONAJES

GIL RINCÓN, herrero y regidor del barrio de San Esteban.
BLAS, hijo de Gil.
JUAN LORENZO, mozo de labranza.
TERESA, hermana de Lorenzo y novia de Blas.
PEDRO TOVAR, labrador.
CABANILLAS, alguacil.
JUAN, oficial de fragua en el taller de Gil.
MIGUEL, mozo de fuelle en el taller de Gil.
PACHECO, soldado.

Soldados, corchetes y gente del pueblo.

JORNADA PRIMERA

ESCENA

Es el taller de herrería de Gil Rincón. En el lienzo del fondo, una puerta de dos hojas, ahora entreabiertas, da salida a una callejuela triste y solitaria. En uno de los lienzos laterales, el fogón de una fragua encendida, con su campana, que ennegrecieron los humos, y su fuelle. Cerca de la fragua, un yunque. En el lienzo de enfrente al de la fragua una puerta de paso a las habitaciones familiares de la herrería, y, adosado a la pared, un escaño de madera. Penden de los muros, en profusión, herraduras, enormes clavos y herramientas propias del oficio. En el suelo, descansando contra las paredes, algunos útiles de labranza, tal como azadas, rastrillos, rejas de arado, etc., que aguardan pacientemente su turno para ser dados de alta en su honrosa y pasajera invalidez. Dos o tres taburetes se ven diseminados por la estancia.

En tanto que Miguel hace resoplar al fuelle, cuyo aliento agita la lumbre del hogar en lenguas de oro, Blas, con su mandil de cuero y mostrando sus brazos musculosos, bate con un pesado martillo, acompasada y enérgicamente, una pieza de hierro al rojo que Juan sostiene sobre el yunque con unas largas tenazas.

Hay una breve pausa en la que el martillo de Blas, con su voz metálica, rima una canción de paz y de trabajo.

CABANILLAS

(Hombre de edad madura y de ojos cuyo falso mirar previene al instante en contra suya.

Franqueando la entrada y sin apartarse apenas un paso de los umbrales.)

Gil Rincón, ¿está?

BLAS

(Mostrando claramente un gesto de contrariedad y apoyando el macho contra el suelo.)

No ha vuelto.

CABANILLAS

¿Salió, pues?

BLAS

Muy de mañana.

CABANILLAS

¿Volverá...?

BLAS

Cuando Dios quiera.

CABANILLAS

¿Fué al Concejo?

BLAS

Hoy le tocaba.

CABANILLAS

(Haciendo ademán de marcharse precipitadamente.)

Tras de él voy.

BLAS

(Con rostro de satisfacción.)

Que Dios os guíe.

CABANILLAS

(Casi traspuestos los umbrales.)

Cuando venga...

BLAS

¿Qué?

CABAÑILLAS

(Tras de un corto dudar y como contestándose a sí mismo.)

No.

(A Blas.)

Nada.

(Desaparece con andar rápido por la calleja.)

JUAN

(Por Cabanillas.)

Mala pécora.

BLAS

(Preparándose a batir el hierro.)

Su oficio
cumple a ley.

JUAN

Si la mirada
es, cual dicen, el espejo
que refleja, a fondo, el alma,
de tenerla muy obscura
Cabanillas lo declara.

MIGUEL

(Dejando de azuzar el fuelle.)

Alguacil al cabo.

JUAN

Eso;
alguacil al cabo.

BLAS

(En aire el martillo.)

Basta;
tú, Miguel, al fuelle, y, firmes,
sostén tú, Juan, las tenazas.

(El martillo cae sobre el hierro, que va moldeándose como blanda cera al capricho de Blas.)

GIL RINCÓN

(Que entra de la calle en compañía de Pedro Tovar.
Gil Rincón cubre su alto y robusto cuerpo con un tabardo de parda tonalidad y su atezada y enérgica cabeza, en la que algunas hebras de plata ponen su blancor, con un sombrero de amplias alas.
Su amigo Pedro Tovar, más viejo que él, sus blancos cabellos lo pregonan y su cerviz doblada levemente hacia la tierra, viste también tabardo de parda estameña y amplio sombrero.)

Mucho, Blas, a lo que miro,
te desvelas por mi casa.

PEDRO TOVAR

(Quitándose, al par que Gil Rincón, el sombrero.)

Feliz tú que Dios te ha dado
tan buen hijo.

GIL RINCÓN

Nunca harta
se verá, Pedro, mi lengua,
siempre humilde, de dar gracias
a quién dióme, sin ganarlo,
tal tesoro.

BLAS

(Dejando el martillo apoyado contra el fogón de la fragua y avanzando filialmente hacia GIL RINCÓN.)

¡Padre: calla!

GIL RINCÓN

(A JUAN y MIGUEL.)

¿Qué hacéis? ¡Vamos! Idos presto,
que ya es hora; la campana
de San Pablo dió las doce.

JUAN

(Colgando las tenazas del muro, en tanto que MIGUEL abandona la fragua.)

No la oímos.

MIGUEL

Cosa extraña.

PEDRO TOVAR

No a mi ver; la voz del tiempo
sólo suena, cuando pasa,
para aquél que en vanos ocios
entretiene su jornada.

JUAN

(A GIL RINCÓN.)

¿Mandáis algo?

GIL RINCÓN

Cuando sean
en San Pablo las dos dadas,

que hais de estar,

(Por MIGUEL.)

tú, junto al fuelle,
y tú, Juan, junto a la fragua.

BLAS

(Encaminándose con MIGUEL hacia el portón.)

En la paz de Dios.

GIL RINCÓN

Tal digo.

(JUAN y MIGUEL toman la calle, como casi mozuelos que son, con ufana alegría.)

PEDRO TOVAR

(Por JUAN y MIGUEL.)

Gente buena.

GIL RINCÓN

Gente honrada.

(A BLAS.)

Ahora, tú, mientras hablamos
aquí, entrambos, de una causa
que el Concejo nos ha dado
para ver y sentenciarla,
vete dentro, saca el vino,
ponle, fresco, en una jarra,
tres lugares en la mesa,
junto al fuego las viandas,
cuida de ellas y, en estando,
llámanos.

BLAS

(Al dirigirse hacia las habitaciones familiares, se detiene como herido repentinamente por un recuerdo.)

Se me olvidaba.

(A su padre.)

No hace mucho—me sorprende
no os topaseis en la entrada—
que por vos ha preguntado
Cabanillas.

GIL RINCÓN

(Intrigado.)

¿Le enviaba...?

BLAS

No lo dijo. Respondíle
que os marchasteis de mañana,
y que estabais de Concejo
porque hoy, lunes, os tocaba.
Y allí fuese.

GIL RINCÓN

Lo que sea
saldrá pronto; mas jurara
que tal pájaro no vino
con buen fin tras de mi planta.
¿Volverá?

BLAS

Si no os encuentra...

GIL RINCÓN

Bien está. Fresco en la jarra
pon el vino, y tres lugares,
que hoy Tovar come en mi casa.

(Por Blas, que se ha entrado en las habitaciones interiores.)

Aunque fiel, debo escudarme
de que escuche mis palabras,
que yo nunca vi a sus años
en un hombre prueba clara
de prudencia, y no son días
éstos de ahora, por desgracia,
de dar voz a aquellas cosas
que se esconden en el alma.

(Siéntanse: Pedro Tovar, en el escaño, y Gil Rincón, tras de cerrar el portón, cerca de Tovar, en un taburete.)

Ayer noche, un hombre oculto,
cuando yo al portón llamaba,
bien tapado en el embozo
muy subido de su capa,
díjome con voz que apenas
pude oír por lo velada:
"Gil Rincón, en vos confía,
sólo en vos, la Junta Santa.
No os fiéis del Condestable,
que a la luz os pone cara
de amistad, pero en las sombras
torpes lazos os prepara."
Y esto dicho, sin yo verlo,
se escurrió como un fantasma.

PEDRO TOVAR

Sé quién es.

GIL RINCÓN

¿Quién?

PEDRO TOVAR

Hace días
que está en Burgos; Juan Zapata.

GIL RINCÓN

¡El aquí!

PEDRO TOVAR

Sí; Pedro Laso
desde Toro nos le manda,
donde está reuniendo levas
y afianzando sus escuadras.

GIL RINCÓN

¿Luego os visteis?

PEDRO TOVAR

Sí; un instante.

GIL RINCÓN

¿Qué te dijo?

PEDRO TOVAR

Que te hablara.

GIL RINCÓN

Pedro Laso, ¿qué ambiciona
de mi esfuerzo?

PEDRO TOVAR

Gente y armas,
hoy, por culpa de unos y otros,
en Castilla malparadas.

GIL RINCÓN

Nada puedo.

PEDRO TOVAR

Se lo dije;
mas ahincóse en su demanda
con tal fuerza, que, ya has visto,
fué preciso que te hablara.

GIL RINCÓN

¿Juan Padilla?

PEDRO TOVAR

Está en Toledo.

GIL RINCÓN

¿Maldonado?

PEDRO TOVAR

En Salamanca.

GIL RINCÓN

¿Y el Obispo?

PEDRO TOVAR

Con Padilla.

GIL RINCÓN

¿Bravo sigue...?

PEDRO TOVAR

Está en Arganza.

GIL RINCÓN

¿Y Girón?

PEDRO TOVAR

De éste me ha hablado
con reservas Juan Zapata.

GIL RINCÓN

¿Qué? ¿Se teme...?

PEDRO TOVAR

Como tantos;
que se pase, ya por dádivas
o por miedo, al enemigo.

GIL RINCÓN

(Con intensa amargura.)

¡Quedan pocos!

PEDRO TOVAR

No; aun es larga
nuestra lista, si mostrasen,

los que aun siguen, terca el alma
contra todos los traidores
que nos tienden asechanzas.

GIL RINCÓN

No es Iñigo de Velasco,
que hoy nos rige con su vara,
torpe en esto.

PEDRO TOVAR

Tiene astucia.

GIL RINCÓN

Si la tuvo cuando en Pascua,
sin que nadie diese en ello,
una a una, dos mil lanzas
metió en Burgos, todas ellas
defensoras de su causa.

PEDRO TOVAR

Mercenarios que nos tienen,
con el peso de sus armas,
mal regidos y a la fuerza
por Iñigo.

GIL RINCÓN

¿Juan Zapata
sabe...?

PEDRO TOVAR

Todo.

GIL RINCÓN

Si lo sabe,
¿por qué, entonces, de mí aguarda...?

PEDRO TOVAR

Porque dice, y razón tiene,
que por ser tú el de más fama
del Concejo, ganar puedes
mucha gente y bien armada.

GIL RINCÓN

Haré, Pedro, lo que pueda.

(Bajando instintivamente el tono de voz.)

Si otra vez con Juan Zapata
te entrevistas, no te olvides
de avisarle que a mi casa
no se acerque; que de ha tiempo,
la vigilan.

PEDRO TOVAR

Por tal causa
me habló a mí para que, luego,
yo, a mi vez, a ti te hablara.

(Golpean como con el puño, repetida y fuertemente, sobre el portón.)

GIL RINCÓN

(Poniéndose en pie.)

No es manera...

PEDRO TOVAR

(Dejando a su vez el escaño.)

No.

GIL RINCÓN

(Fosco, en tanto que se dirige a abrir el portón.)

Veremos
quién osado al portón llama
de tal modo.

PACHECO

(Por fuera.)

¡Pronto! ¡Aprisa!

(Al franquear GIL RINCÓN una de las hojas intenta entrar PACHECO, que viste traje de soldado; pero GIL RINCÓN ciérrale el paso con sobrada acritud.)

GIL RINCÓN

Más paciencia.

PACHECO

(Ojeando el zaguán y ya con sosegado acento.)

¿Dais posada?

GIL RINCÓN

(Dejándole el paso libre.)

¿Quién os dió, señor soldado,
según ver, señas tan falsas?

PACHECO

Perdonad.

GIL RINCÓN

¿Y quién no os dijo
que al entrar en una casa,
por humilde que ésta sea,

(Quitándole el sombrero y colocándoselo sobre un taburete.)

el que llega se destapa
del sombrero y del embozo?

PACHECO

(Desembozándose y visiblemente azorado.)

Soy soldado.

GIL RINCÓN

Más; las armas
hacen noble al que las lleva;
como noble habéis de honrarlas.

PACHECO

(Aparte.)

Nunca vime en tal aprieto.

PEDRO TOVAR

(Aparte, y observando a PACHECO fijamente.)

Pues, señor, ¿dónde esta cara
vi otra vez?

PACHECO

Hace una hora
que de Lerma, con cien lanzas,

he llegado, y no sabiendo
dónde dar con mesa y cama,
vi esta puerta y a ella fuíme,
como flecha disparada,
para ver si detrás de ella
sueño y hambre al fin mataba.

GIL RINCÓN

Aquí cerca, entrambas cosas
hallaréis.

(Recoge del taburete el sombrero de PACHECO y, después de entregárselo, se asoma a la solitaria calleja, seguido de éste.)

PEDRO TOVAR

(Aparte, y sin separar la vista de PACHECO.)

Si recordara
donde pude...

GIL RINCÓN

(Indicándole con su diestra extendida un punto de la fachada de enfrente.)

¿Veis de piedra
un balcón?

PACHECO

Sí.

GIL RINCÓN

¿De él cercana,
una puerta que parece,
por lo estrecha y por lo baja,

más portillo de una cárcel
que no umbral de una posada?

PACHECO

Ya la veo.

GIL RINCÓN

Pues con fuerza
repicad sobre su aldaba
y, al momento, os pondrán silla,
después mesa y luego cama.

PACHECO

(Alejándose.)

Dios os guarde.

GIL RINCÓN

(Entra y torna a cerrar el portón.)

De ser cierto,
compadézcole en el alma.

PEDRO TOVAR

(Fijo en su idea.)

No recuerdo...

PACHECO

(Que resurge, abriendo una hoja del portón, sin cruzar los umbrales y con su espada, desceñida del cinto, en la mano.)

Si mis ojos
—excusadme—no me engañan,

(Por los útiles que penden de los muros.)

sois herrero.

GIL RINCÓN

De ese oficio
fuí maestro.

PACHECO

(Entrando.)

Pues si ufana
vuestra lengua dice tanto,
yo quisiera que mi espada,
cuyo pomo, por el uso,
se ha torcido, enderezarais
mientras duermo, con dos golpes
de martillo.

GIL RINCÓN

(Mirándole de hito en hito con el ceño fruncido.)

No dudara
de serviros si esa prenda
fuese un útil de labranza.
Soy de paz y, por lo tanto,
el tocar sólo una espada
póneme en punta los nervios.

PACHECO

(En son de retirarse, sin disimular su despecho.)

Dispensad, pues.

PEDRO TOVAR

(Aparte.)

Si le hablara...

(Alto.)

Hace poco nos dijisteis
que de Lerma...

PACHECO

Con cien lanzas
he llegado.

PEDRO TOVAR

¿Nunca en Burgos
estuvisteis?

PACHECO

(Receloso.)

Nunca.

PEDRO TOVAR

Rara
coincidencia si os dijese
que os vi en Burgos.

PACHECO

(Turbado.)

Con la capa
y el sombrero, los soldados
se confunden.

PEDRO TOVAR

No; es la cara.
Pero, en fin; dad al olvido
mis preguntas.

PACHECO

Olvidadas
fueron ya.

(Tendiéndole a Gil Rincón la espada.)

Conque...

GIL RINCÓN

(Retrocede poniendo en el gesto y en la voz un matiz abiertamente cómico.)

Los nervios
se me crispan.

PACHECO

(Aparte y ciñéndose la espada.)

La celada
tendí mal.

(Alto y secamente.)

Salud.

GIL RINCÓN

(Burlón.)

La puerta,
ya sabéis, estrecha y baja.

(Vase PACHECO, dejando abierta la hoja.)

PEDRO TOVAR

Truhán tenemos.

GIL RINCÓN

No muy listo.
Se turbó muy a las claras
cuando tú le preguntaste
si aquí estuvo en sus andanzas.
¿Será acaso...?

PEDRO TOVAR

Por Iñigo
fué esta piedra disparada,

para ver si, al fin, caías
bajo el hilo de su trama.

GIL RINCÓN

Tal pensé cuando ofrecióme
la tizona. Ruiz Pastrana,
regidor de recio temple
que ante nadie se doblaba,
preso está porque un soldado,
al que dió mantel y cama,
le dejó bajo ésta, al irse,
su tizona, que, encontrada,
—delación hubo—venía
a probar que Ruiz no daba,
siendo humilde, acatamiento
al edicto en que se manda
que un plebeyo, ahora, no puede,
si le place, el tener armas.

BLAS

(Entrando.)

Os aguarda, fresco, el vino,
y, en un hierro bien doradas,
dos perdices adornadas
con pedazos de tocino.
En la mesa os puse luego
rico trozo de venado,
por mí asado,
diestramente, sobre el fuego.
De legumbres, habas frescas;
mas si frescas no os gustaran,
las hay secas, no asustaros,

que, por dar placer a todos,
de tan dos distintos modos
aquí, siempre, se preparan.
Para postre os doy jalea;
buena idea
tuve al daros tan buen postre;
porque el queso,
si es de Soria, sabe a beso
con jalea. Después, nueces,
y por si esto os sabe a poco,
probaréis dulce de coco
que me trajo ayer Teresa.

GIL RINCÓN

Tanto ensalzas, Blas, tu mesa,
que en mí el hambre grita airada.

(A PEDRO TOVAR, en actitud de invitarle a ir a la mesa.)

Porque no nos llame ingratos
llenaremos nuestros platos
con largueza en la jornada.

TERESA

(Que entra, por el fondo, desolada. Es una flor silvestre de los campos fecundos de Castilla.)

¡Gil Rincón!

BLAS

(Temeroso de una desgracia.)

¡Teresa!

GIL RINCÓN

Grata,
por tu faz descolorida,

no es, me temo, la partida
que te trae.

TERESA

A Juan Zapata,
ahora mismo, con los codos
por cordeles sujetados,
una turba de soldados
lleva preso.

GIL RINCÓN

(Con honda desesperación.)

¿Cómo ha sido?

PEDRO TOVAR

(Con intenso dolor y abatimiento.)

¡Dios me valga!

TERESA

Sorprendido
fué en la calle, sin que nada,
como él quiso, hacer pudiera
con el filo de su espada.

GIL RINCÓN

¿Te enteraste...?

TERESA

Por mi hermano...

PEDRO TOVAR

¿Y él lo supo...?

TERESA

Porque a mano
del lugar en que Zapata
fué cogido estaba, y, viendo
que la gente iba corriendo,
fué, veloz, tras de la gente,
hasta dar frente por frente,
con asombro, del suceso.

GIL RINCÓN

(Cogiendo con una de sus férreas manos por un brazo a TERESA.)

Pero ¿cómo, di, prendido
pudo ser, si él conocido
no era aquí?

JUAN LORENZO

(Que aparece en el vano de la abierta hoja, con jadeos de cansancio y señales de temor en el rostro.)

Yo os diré eso.

(Otea, anhelante, de un extremo a otro la calleja, y, después, éntrase en el zaguán.)

Roque Ureña, el que de Iñigo
manda en Burgos las escuadras,
sin poner, como a Dios place,
sus torcidas intenciones
bajo un freno encadenadas,
tiene, ha tiempo, el alma presa
de un amor que no es cristiano,

pues, teniendo esposa a mano
que le es fiel, ama a Teresa.

(BLAS, cuyas manos se crispan en son de amenaza, siente en su pecho vibrar un rayo de odio contra el intruso que intenta robarle la felicidad.)

Nada dije a Blas del hecho,
por temor de que Blas fuese
contra Roque y se perdiese.

GIL RINCÓN

(Arrebatado de impaciencia.)

No te tuerzas.

JUAN LORENZO

Voy derecho.
Juan Zapata, a quien mi padre
debió en vida—era su amigo—
un favor que no es del caso
precisar, en mi postigo,
ha dos noches, dió con tiento;
miré, abríle, se entró y díjome:
"Cierra, apaga y oye atento:
vine oculto y no quisiera,
por mi vida, ser notado;
que de serlo, de una soga,
con afrenta, seré ahorcado.
Si me amparas, darte puedo
muerte igual; mas, ahora piensa
que me salvas si me quedo.
Y, sin darle tiempo a dudas,
respondíle: más que honrado

me tenéis; Juan, de mi casa
sois el dueño; estáis pagado.
Y tal vez no hubiera sido
mi secreto conocido,
ni aun de vos, si anoche, Ureña,
que en acecho de mi hermana
daba ronda a mi ventana,
no lo hubiese sorprendido.
Sorprendido, sí, que apenas
cuando el sol amanecía,
y yo, ajeno, me ponía
de la tierra que ahora labro,
con la yunta, de camino,

(Sacando del pecho un papel y entregándoselo a GIL RINCÓN.)

un rapaz me dió esta carta,
donde prueba hallaréis harta
de lo amargo de mi sino.

GIL RINCÓN

(Leyendo.)

"Juan Lorenzo: Ayer de noche,
recatándome en lo oscuro
de tu puerta, junto al muro,
sentí todo lo que hablasteis.
Si hasta anoche me tratasteis
tú y Teresa con desprecio,
desde ayer, no se te olvide,
de esa prenda que ambiciono
yo he de ser quien ponga el precio."

(Buscando la firma de quién la escribe.)

¿Fírmala...?

JUAN LORENZO

Nadie. Mas duda
no tendréis.

BLAS

(Aparte y llevándose, con reconcentrada ira, sus engarfiados dedos a la garganta.)

La lengua, muda,
tengo aquí; me ahoga el encono.

TERESA

(En ardiente súplica.)

¡Gil Rincón...!

GIL RINCÓN

Habla.

TERESA

¡Salvadme!

GIL RINCÓN

Tal pensaba.

TERESA

(Besándole las manos.)

Dios os premie.

GIL RINCÓN

(Separando paternalmente a TERESA.)

Juan Lorenzo, ven.

JUAN LORENZO

(Acudiendo solícito.)

Mandadme
que os dé el ama, y...

GIL RINCÓN

Mientras tenga
Gil Rincón su voz y voto,
como alcalde, en esta villa,
y aunque mal a ello se avenga,
tendrá Roque que doblarse,
si lo mando, ante mi silla.
Y así, pues, vete tranquilo
con Teresa, que yo el hilo
sacaré, al fin, de este enredo;
que esto y más, si a ello me pongo,
con la ayuda de Dios, puedo.

JUAN LORENZO

¿De Zapata...?

GIL RINCÓN

No es preciso
que en él pienses; porque, aparte

(Por Pedro Tovar y él.)

de estar ambos sobre aviso,
si ahora Roque, despechado,
darse a pleitos pretendiera,
sin testigos, no podría

justamente, aunque quisiera,
dar el hecho por probado.

JUAN LORENZO

(En son de despedida.)

¡Dios os oiga!

(Toma la senda del portón seguido de TERESA.)

TERESA

(A BLAS.)

Adiós.

BLAS

(Saliéndole al paso y en un aparte rápido.)

Teresa;
quiero verte.

TERESA

¿Cuándo?

BLAS

A poco
que, aquí, paz dé a mi trabajo,
bajaré junto a la presa
del molino. ¿Irás?

TERESA

(Recelosa de que puedan ser oídos.)

¡Más bajo!

BLAS

¿Irás, di?

TERESA

Sí, iré.

BLAS

(Celoso en demasía.)

Me tienes
llena el alma de temores.

TERESA

(Enamorada.)

No sé a qué con celos vienes
cuando sabes que a los dardos
que no vengan de tu pecho
son de roca mis amores.

(JUAN LORENZO y TERESA retornan a su hogar con un rayo de esperanza en los ojos.)

PEDRO TOVAR

(Por JUAN LORENZO y TERESA, con sincera amargura.)

Mal sino.

GIL RINCÓN

No quisiera
verles en tal cuidado, porque pienso
que Roque puede mucho
y nada contra Roque Juan Lorenzo.

BLAS

(Observando el desaliento de su padre y temeroso, por lo tanto, de la suerte de TERESA.)

¿Entonces, padre...?

GIL RINCÓN

(Intentando, vanamente, remediar su yerro y viendo la angustia que se refleja en el rostro de su hijo.)

¡Calla!
¿Quién dijo aquí que el pleito
lo tiene Roque Ureña por ganado?

BLAS

(Desesperado.)

Tú mismo.

GIL RINCÓN

Rapaz, quedo;
mientras tu padre tenga voz y voto
—ya oíste—en el Concejo,
podrá pedirle cuentas, no al tal Roque,
sino al Rey si faltase a Juan Lorenzo.

BLAS

Tal vez a costa vuestra.

GIL RINCÓN

¿Soy acaso
cañuto de maíz que el menor viento
puede tumbar en tierra?

BLAS

¿Y a ellos, padre,
no les sobra poder, pues que son ellos,
para ganar la causa
por fuera de la ley, si es tal su empeño?

PEDRO TOVAR

No osaran...

BLAS

(Terco.)

Mas ¿si osasen...?

GIL RINCÓN

Por defender, no dudes, mi derecho,
perdiese, Blas, la vida.

BLAS

Tal temiera,
y eso es, padre y señor, lo que no quiero.

GIL RINCÓN

(Mirándose acorralado por los argumentos de su hijo.)

Basta ya, y a otra cosa.

BLAS

Hacéis callarme
porque os falta razón y a mí en exceso
me sobra.

GIL RINCÓN

(Amenazando tormenta.)

¡Calla, digo!

(Blas, aunque mascullando su leal rebeldía, baja humildemente la cabeza.)

Y ahora, Pedro, tú y yo del caso hablemos
Es preciso que tú—mi plan es éste—
te entrevistes hoy mismo con Reguero,
con Andrés Villalobos, con Saldaña,
con Medina, el de Castro, y Samaniego,
los cinco que aun nos quedan
leales, con su voto, en el Concejo,
y que podrán servirnos,
si el caso nos llegara, sin recelos.
Cuéntales, uno a uno,
la pena y el temor de Juan Lorenzo,
la perfidia de Ureña
y de Blas y Teresa el juramento.
Háblales con el alma,
con todo el corazón, háblales, Pedro,
de modo que, al oírte,
se subleven de rabia y de despecho
al ver cómo en Castilla, siempre honrada,
ni hay justicia, ni honor, ni caballeros.
Cuéntales la verdad; que yo, entretanto,
a Roque, cara a cara, porque puedo,
si no viene a razones, con espada
y encomienda de honor, pondréle preso.

PEDRO TOVAR

(Cubriéndose la blanca y abatida cabeza.)

Fía en mí, y si es preciso
dar la vida, con gusto te la ofrezco.

GIL RINCÓN

(Con profundo convencimiento.)

Lo sé.

PEDRO TOVAR

(Ya en el umbral.)

Sin padre y madre
Teresa y Juan Lorenzo,
y honrados por demás, a Dios servimos
sirviéndoles.

(Vase.)

GIL RINCÓN

(Dirigiéndose hacia la puerta que da paso al interior familiar de la herrería.)

Tal creo.

BLAS

(Viendo desaparecer a su padre.)

Duda terrible es la mía,
que a no dudar, ahora mismo,
para salir de este abismo,
al tal Roque mataría.

(Encrespando más y más el ceño como el que se afirma en una idea sombría.)

¿Y por qué no he de vengarme
¡vive Dios! si él ha intentado
metérseme en mi cercado
con intención de robarme?
Yo tengo un huerto, y razón
es que defienda mi huerto,
porque si no, queda abierto,
de par en par, al ladrón.

(Dirígese hacia la fragua, y, separando del fogón un ladrillo, saca del hueco una espada corta y una daga.)

Matémosle, sí;

(Blandiendo la espada.)

con ésta
que es de temple y fino acero.

(Duda.)

No;

(Esconde la tizona, quedándose con la daga.)

la daga; más certero
será el golpe y la respuesta.
Que no he de atacarle yo
como se ataca a un villano;
lucharemos mano a mano,
y el que caiga, allí quedó.

(Vuelve a tapar el escondrijo.)

Padre, perdona; tu vida
defiendo al par que a Teresa,
porque sé que en esta empresa
gana Roque la partida.

(Escondiéndose la daga en el pecho.)

No yerres, daga, en la lucha;
que, aunque la razón me sobra,
del que su venganza cobra
también la ceguera es mucha.

(Al salir, resueltamente, por el portón, tropieza con CABANILLAS, que penetra en el zaguán.)

CABANILLAS

(Reponiéndose del encontronazo.)

¿Gil Rincón, ha vuelto?

BLAS

Ahora
hais de hablarle.

(Por el escaño.)

Allí un momento
esperad.

(Vase en son de fuga.)

CABANILLAS

(Tomando asiento en el escaño.)

De que me siento
es sabido.

(Por BLAS.)

Tan deshora,
¿dónde irá esa calle abajo?

(Suenan dos campanadas, un poco difusas, en un reloj de torre.)

Si San Pablo no anda loco,
por acá, dentro de poco
se ha de dar vuelta al trabajo.

(Levantándose con ademanes de suma impaciencia.)

Mucho tarda; mejor fuera
que aquí hablásemos sin gente.

GIL RINCÓN

(Apareciendo por el mismo umbral que se fué.)

No os mostréis tan impaciente,
que no fué larga la espera.

CABANILLAS

Al fin, Gil, me dais la cara.

GIL RINCÓN

Si no os vi, no es culpa mía.
Por ser lunes, hoy es día
de sesión, y cosa rara
fuera ver que no estuviese
Gil, tal día, en el Concejo.

CABANILLAS

(Con doblez.)

Sois constante.

GIL RINCÓN

(Con orgullo.)

En mí ya es viejo
ser leal.

CABANILLAS

Nunca os dijese
mi opinión para ofenderos.

GIL RINCÓN

Perdonad; pero en la duda
prefirió, a quedarse muda,
mi franqueza responderos.
Mas, si tanta prisa os trajo,
¿por qué ya no me dijisteis...?

(Reparando en la ausencia de Blas.)

Pero, ¿y Blas? ¿Cuándo vinisteis...?

CABANILLAS

Blas corría calle abajo.

GIL RINCÓN

¿Hacia el puente?

CABANILLAS

Sí.

GIL RINCÓN

(Aparte.)

Habrá ido
a enterarse, cosa es llana,
del suceso.

CABANILLAS

Esta mañana
—Gil Rincón, prestadme oído—

(Inclinando su cerviz en una acentuada reverencia.)

mi señor, el condestable
Don Iñigo, me ha ordenado
que, sin nadie, de contado,
por testigo de ello, os hable
de este modo: si hay espacio
quiere veros y en vos fía.

GIL RINCÓN

Iré. ¿Y dónde?

CABANILLAS

Muerto el día,
si queréis, en su palacio.

GIL RINCÓN

¿A las seis?

CABANILLAS

Hora oportuna.
Le diré que es cosa cierta.

GIL RINCÓN

A las seis llamo a su puerta.

CABANILLAS

(En tono y gesto de confidencia.)

Tal vez, Gil, hagáis fortuna.

GIL RINCÓN

O él tal vez, señor golilla;
que si es mucho el tal señor
yo también soy regidor,
mal que os pese, de Castilla.
Si él cruzado lleva el pecho
y en sillón de rey se sienta,
yo también pongo en la cuenta
mi honradez, que es un derecho.
Y así, pues, si al par pesásemos
él su fama y yo la mía,

puede ser que, en la porfía,
por igual los dos quedásemos.
Y otra vez con más respeto,
Cabanillas, hais de hablarme,
que pudiera otra vez darme
por meterme con vos.

(CABANILLAS, asustado, intenta un ademán de villanesca humillación.)

¡Quieto!;
pleitesías nunca exijo.

(En son de despedirle.)

Le diréis que voy.

(Hablando para él en tanto que CABANILLAS busca el portón.)

Extraño
su tardanza. ¿Si algún daño...?

CABANILLAS

(Deteniendo sus pasos.)

¿Preguntáis por Blas?

GIL RINCÓN

¿Mi hijo
no dijisteis que iba...?

CABANILLAS

Ciego;
de tal modo, con tal ira,

(Señalando el portón.)

que, allí, a poco más me tira.

(Ante un gesto imperativo de silencio que le hace GIL RINCÓN, mientras que éste escucha, atentamente, con el alma entera, un

rumor de voces tumultuosas que viene del fondo de la calleja.)

¿Qué?

GIL RINCÓN

(Atento, con todos sus sentidos, al rumor cada vez más cercano.)

¿No oís?

(Al pretender hablar CABANILLAS y con extremada rudeza.)

¡Callad, os ruego!

JUAN

(Desde la calleja, sin que su figura sea aún percibida, y con voz del que pide socorro en un trance desesperado.)

¡Señor Gil!

(GIL RINCÓN es dirige, febrilmente, hacia el portón, y ya casi tocándole, ve entrar a JUAN seguido de MIGUEL, ambos con cara y ademanes reveladores de un gran susto.)

MIGUEL

(A GIL RINCÓN.)

¡Favor!

GIL RINCÓN

(Tras de esperar, en vano y con indescifrable angustia, que JUAN o MIGUEL le expliquen la razón de aquellos gritos y de aquellas sus trémulas actitudes.)

¿Qué os tiene
muda, así, a los dos la lengua?

JUAN

(Que al fin, como deshaciendo un nudo en su garganta, se decide a hablar.)

A Blas...

GIL RINCÓN

(Viéndole vacilante, temeroso.)

¡Dilo!

JUAN

Sujetado
por golillas y ballestas
os le traen.

(Apenas Gil Rincón pretende salir en busca de su hijo, éste aparece en el vano del portón, forcejeando entre golillas y soldados, de los que consigue desprenderse para caer en brazos de su padre, que le estrecha entre ellos con decidido amparo.)

GIL RINCÓN

¡Blas!

BLAS

¡Padre!

(En tanto que padre e hijo permanecen en un estrechísimo abrazo, un grupo de gente del pueblo, hombres, mujeres y rapaces, empujando a los golillas y soldados que defienden el portón, consiguen abrirle de par en par, con intento de penetrar, curiosos, en el zaguán.)

UN SOLDADO

(A los dos ballesteros que con él vienen.)

Firmes
defended, ambos, la puerta.

(Los dos ballesteros hacen retroceder rudamente a los intrusos, que vuelven a quedar fuera de los umbrales, no sin sordos murmullos de protesta.)

CABANILLAS

(A uno de los golillas, y señalando a Blas, que ya se desprendió de los brazos de su padre.)

¿Qué hizo el mozo?

UN CORCHETE

Grave cosa.

EL MISMO SOLDADO

(A sus dos compañeros, observando la actitud todavía sublevada de la muchedumbre, que pretende forzar de nuevo los umbrales.)

Si no callan, poned flechas
y tirad.

GIL RINCÓN

(Al soldado que, bárbaramente, ordenó tal desafuero.)

Sabed, buen hombre,
que yo soy justicia, y tenga
más sosiego, que no es modo
ni es de ley esa manera

de tratar al que por nada
ni por nadie os hizo ofensa.

(A Blas.)

¿Vos qué hicisteis?

BLAS

Maté a un hombre.

GIL RINCÓN

¿Con razón?

BLAS

A Roque Ureña.

GIL RINCÓN

(Espantado.)

¡Santo Dios!

(Reponiéndose.)

¿Fué cara a cara?

BLAS

No iba a ser de otra manera
siendo yo quien soy.

(La multitud aprueba con murmullos la declaración de Blas.)

EL MISMO SOLDADO

(A la multitud.)

¡Teneos!

¡Atrás!

(A los dos ballesteros.)

¡Firmes!

UNO DEL PUEBLO

Cosa cierta
dijo Blas.

OTRO DEL PUEBLO

No miente.

GIL RINCÓN

(A la multitud, que no ceja.)

¡Quietos!

(A un corchete.)

Si no calman su impaciencia,
cerraréis, porque es preciso,
del portón entrambas puertas.

(Torna a estar en silencio la muchedumbre.)

¿Iba Roque espada al cinto?

BLAS

Del tahalí llevaba presa
su tizona.

GIL RINCÓN

¿Sin reparo
pudo Roque echarla fuera?

BLAS

Sí que pudo antes que, ciego,
yo pudiera hacerme cuenta
del intento de sus iras
que era el darme muerte aviesa.

GIL RINCÓN

Cuente el hecho.

BLAS

Harélo pronto.

GIL RINCÓN

(Aparte.)

Valor, pues.

BLAS

La historia es ésta.
Conocido el caso, fuíme
tras de Roque. Halléle cerca
del Alcázar. Yo sabía
que, en tal punto, de su audiencia
con Iñigo sale y toma,
paso a paso, por la acera
del convento, hasta en su casa
dar a poco. Con presteza
le paré; me miró—mucho
puso en ello de insolencia—,
y debió ver en mi cara,
por la ira descompuesta,
torvas nubes, cuando al cinto
se echó, rápido, la diestra.
No—le dije—; deteneos,
que hais de oírme, Roque Ureña.
¿Por qué, siendo vos casado,
vais, tenaz, tras de Teresa?
—preguntéle—. Y respondióme:

¿Quién sois vos? Aunque quisiera
contestaros, no podría,
que soy noble, y en la senda
de mi vida a los villanos
no permito que se metan.
Y al decir esto, con furia
sacó el arma y allí dieran
fin mis horas,

(Por el izquierdo.)

si este brazo
no parara el golpe y ésta,

(Por la diestra.)

como un rayo justiciero,
sin temblar, en la respuesta
no le hubiese asaz metido
mi puñal en la gorguera.
Perseguido de golillas,
y acosado por ballestas,
corrí en pos de vuestra casa;
pero no por que me dierais,
como alcalde, libre el paso
para huír, no; porque es fuerza
que quien falte a la ley sufra,
sin remedio, su sentencia;
vine sólo porque, siendo
vos mi padre, comprendierais
la razón de darle muerte,
con lo amargo de mi pena.

(Escondiendo en las manos la abatida frente y rompiendo en un sollozo el dolorido pecho.)

GIL RINCÓN

(Yendo a él y acariciándole con inmenso amor la doblegada testa.)

Bien hiciste en acordarte
de tu casa.

(Sobreponiéndose a su tremendo dolor, al par que se separa unos pasos de su hijo.)

No quisiera,
por exceso ni defecto,
ser contrario a la ley. Seca,
Blas, el llanto, que tu padre
te perdona.

(A los golillas, e irguiéndose como la estatua áspera e inconmovible del deber.)

Las muñecas
sujetadle, de tal modo
con los cabos de una cuerda,
que escapar, aunque intentara,
no pudiese.

(Ante la duda de los golillas y soldados que no se atreven a dar crédito a tanta dureza en el corazón de un padre.)

Que se atenga,
quien vacile, a mi justicia,
que es de ley lo que aquí ordena.

(Uno de los golillas saca un cordel y comienza a atarle en cruz ambas muñecas.)

BLAS

(Volviéndose hacia su padre, ya en el umbral del portón.)

¿Te veré?...

GIL RINCÓN

Cuando los jueces
den tu causa por abierta,
porque pienso—Dios con todos—,
como padre y juez, en ella
ser, bien harto de derechos
y razón, quien te defienda.

(Vanse, calle abajo, BLAS y sus guardianes seguidos por la plebe.)

MIGÙEL

¡Pobre Blas!

JUAN

¡Pobre!

GIL RINCÓN

(Cerrando entrambas hojas del portón.)

Al trabajo
demos mano, porque apremia.

JUAN

(Con extrañeza.)

¿Se trabaja, aquí, hoy?

GIL RINCÓN

¿Quién dijo
lo contrario?

JUAN

Como en estas
cosas Blas es quien nos manda,

nos ayuda y aconseja,
yo creí...

GIL RINCÓN

(Al par que se despoja del tabardo y se ciñe sobre la blanca camisa su mandil de cuero, colgado de uno de los muros.)

Pues mal creído,
porque yo podré en su ausencia,
lo sé hacer, suplirle.

(A MIGUEL.)

Al fuelle
dale vivo,

(A JUAN.)

y tú en la hoguera
mete, al punto, hasta que el fuego
te lo ablande,

(Por uno de los aperos de labranza que yacen en los rincones del zaguán.)

de esta reja
todo el hierro de la espiga,
que hay que entrarlo en la mancera.

(En tanto que MIGUEL hace que la lumbre se reanime hasta el rojo vivo y que JUAN sostiene, deslumbrado por los reflejos del hogar, la espiga que, poco a poco, se va convirtiendo en ascua, GIL RINCÓN se acerca al yunque empuñando en su diestra el macho que usa BLAS, al que habla profundamente conmovido, como si en aquel hierro se encerrase un alma amiga y protectora.)

Aun el sudor conservas de su mano,
más que ninguna honrada,
por ser la de un villano
que se busca el sustento.

(Se lleva a los labios, con trémula unción, el sitio que aun conserva la fragancia de aquellas manos tan nobles y queridas.)

Arrebatada
vas a cantar ahora;
mas no sé con qué voz. Limpia y sonora
cantaste entre sus manos, cruz de hierro,
fuerte y humilde prenda
que, en incansable ofrenda
de trabajo, esperanzas y armonía,
trajiste a mis manteles,
como en pago al tesón de sus afanes,
el pan de cada día.

(JUAN saca del fuego la espiga, que despide un halo cegador, y la coloca, fatigado por el esfuerzo, sobre el yunque, en tanto que GIL RINCÓN, afianzadas las piernas, alta la enérgica cabeza y fulgurantes los ojos, como el que se apresta a un combate, reza la última estrofa de su cálida imploración.)

Cruz en que creo; de mi hogar tesoro;
no te enmohezcas en mis manos muda;
sobre el yunque sonoro
témplate, a golpes, como ardiente espada
para la lid forjada,
que tal vez necesite de tu ayuda
mi vida por sus odios acosada.

(Y sobre el yunque comienza a batir, infatigable y atronadoramente, aquella maza que, siendo un claro símbolo de paz y de trabajo, tiene ahora, porque la maldad de los hombres lo ha dispuesto, los latidos y las turbulencias del dolor y de la ira.)

ASÍ TERMINA LA JORNADA PRIMERA

JORNADA SEGUNDA

PERSONAJES

GIL RINCÓN.
BLAS.
ÍÑIGO DE VELASCO, Virrey de Castilla y Corregidor de Burgos.
ALFONSO DE ARELLANO, Conde de Aguilar.
DIEGO DE AVENDAÑO, Capitán de lanzas.
JUAN DE ULLOA, señor de Toro.
CABANILLAS.

JORNADA SEGUNDA

ESCENA

Es el salón de audiencias del Alcázar. En el lienzo del fondo, una gran puerta, en arco, sin hojas y con los pesados cortinajes, grana oscuro, levantados. Por el vano de esta anchurosa portada se vislumbra un espacioso y abovedado pasillo con estrechas y distanciadas ojivas. En uno de los lienzos laterales, un estrado con dosel y escalinata, y en el muro frontero, un ventanal corrido de policromadas vidrieras, ahora herméticamente cerradas. En uno y otro lienzo lateral, puertas de dos hojas, también, como el arco del fondo, con pesados tapices del mismo matiz rojo sombrío, pero echados. Al pie de la breve escalinata del estrado, una mesa, no muy amplia, de roble casi negro, sobre la que se yerguen dos candelabros cuyas luces riñen con la de la moribunda tarde que penetra, tamizada, a través del ventanal, y un sillón, también de roble, como los que adosados a las paredes prestan, entre la tonalidad de los cortinajes y bajo las panoplias y pinturas de la época, severidad y decoro a la estancia. Dando cara al ventanal policromado, y mientras que sus ojos miran, distraídamente, a través de las vidrieras, un gentil caballero, con espada al cinto, se entretiene en tamborilear con los dedos de su diestra en los cristales.

ALFONSO DE ARELLANO

(Apareciendo por la galería del fondo en compañía del capitán Don Diego de Avendaño.)

Capitán, pasad.

DIEGO DE AVENDAÑO

No, conde;

vos delante.

ALFONSO DE ARELLANO

Sea.

(Cruza los umbrales seguido de Don Diego de Avendaño.)

Paso,
pero no por ser primero;
por cumplir vuestro mandato.

DIEGO DE AVENDAÑO

¡Siempre el mismo!

ALFONSO DE ARELLANO

Aquí, en España,
ya lo veis, no hemos cambiado.

DIEGO DE AVENDAÑO

Os dejé siendo corteses
y os encuentro cortesanos.

ALFONSO DE ARELLANO

Es la raza.

(Reparando en el caballero que da cara al ventanal.)

Mas, ¡qué miro!
¡Juan de Ulloa aquí!

(Avanzando hacia él.)

¡Dios santo!

(Al sentir los pasos que se le acercan, vuélvese el caballero del ventanal, que, al reconocer al que se le aproxima con los brazos abiertos, se dirige a él en igual actitud.)

JUAN DE ULLOA

¡Qué alegría!

ALFONSO DE ARELLANO

(Abrazándose.)

Así; más fuerte;
más aún; más; otro abrazo.

(A Don Diego de Avendaño y por Don Juan de Ulloa.)

¿Conocéisle?

(Ante un gesto negativo de Don Diego de Avendaño.)

Juan de Ulloa,
gran maestre de Santiago,
y vos, Juan, tenéis delante
a don Diego de Avendaño,
capitán de nuestras lanzas,
cuyo nombre, asaz sonado,
tiene fama aquí y en Flandes
de valiente y de preclaro.

(Se estrechan efusivamente las manos.)

JUAN DE ULLOA

¿Cómo estando yo en la corte
no os he visto?

DIEGO DE AVENDAÑO

No es extraño;
me fuí lejos de Castilla
ya hace tiempo. Siempre dado,
desde niño, a buscar sendas

de aventuras, todo el ancho
del mar vime, hasta que en Méjico
tomé tierra y me hice campo
con la ayuda de mi suerte
y el esfuerzo de mi brazo.
Supo el rey lo que allí hice,
y, tal vez necesitado
de hombres fieles que velasen
por su fama, me mandaron
sobre Flandes, que comienzan
a mover los luteranos,
donde hallé, para mi dicha,
una esposa que me ha dado
ya tres hijos, en que tiene
tres leales el rey Carlos.
Bien precisa está la causa
de por qué no habéis topado
con mi cara ante la corte
de Castilla. Si hoy al paso
me encontráis, es porque vengo
tras de Iñigo de Velasco
desde Flandes, donve vuélvome
así apenas le haya dado
—el amor me llama a voces—
la noticia que le traigo.

CABANILLAS

(Alzando el tapiz de una de las puertas laterales.)

¡El virrey!

(DON DIEGO DE AVENDAÑO, DON JUAN DE ULLOA y DON ALFONSO DE ARELLANO, éste menos acentuadamente, se inclinan en ademán de vasallaje.)

ÍÑIGO DE VELASCO

(Avanzando con una amable luz de cortesanía en el rostro para estrechar la diestra a DON ALFONSO DE ARELLANO.)

¡Conde!

(Reparando en DON JUAN DE ULLOA y en DON DIEGO DE AVENDAÑO, con quienes cruza cortésmente su mano.)

¡Don Diego!
¿Vos aquí, don Juan?

JUAN DE ULLOA

Atado
me tenéis a vuestra vida.

DIEGO DE AVENDAÑO

Siempre fiel, mi honor es daros
vasallaje.

ÍÑIGO DE VELASCO

(A CABANILLAS, que, humildemente, espera sus órdenes junto al tapiz.)

Hoy no hay audiencia.

CABANILLAS

¿Si viniese...?

ÍÑIGO DE VELASCO

¿Quién?

CABANILLAS

Mandado
me tenéis que no le nombre
sino a solas.

ÍÑIGO DE VELASCO

¡Ah! Sí; en cuanto
venga, subes y me avisas
su llegada.

(Vase CABANILLAS, dejando caer tras de sus pasos el silencioso tapiz.)

Es un villano
que presume, porque dice
que su ley es el trabajo,
y que más que el ser de estirpe
vale el ser pobre y honrado,
de no hincar ni ante el rey mismo
la rodilla.

JUAN DE ULLOA

A los villanos,
si no atienden a razones,
por la fuerza hay que doblarlos

ÍÑIGO DE VELASCO

A éste no; que éste es de fama;
y si él tal quisiera, en dando
cuatro voces, tras de él fuérase,
ciego de ira, con sus arcos,
sus espadas y arcabuces,
todo el pueblo desmandado.

ALFONSO DE ARELLANO

¡Y qué importa!

JUAN DE ULLOA

¿No hay bombardas,
¡vive Dios!, para abrasarlos?

DIEGO DE AVENDAÑO

Por América así hacemos.

ÍÑIGO DE VELASCO

Pero acá son castellanos.

JUAN DE ULLOA

Son rebeldes.

ÍÑIGO DE VELASCO

Con más fuerza
que creéis. Diérame a saco
contra ellos si tuviese
la certeza de ganarlos.
Yo prefiero a las bombardas
la política; con mansos
ademanes y buen rostro
más consigo que asustándolos.

ALFONSO DE ARELLANO

Están muertos.

ÍÑIGO DE VELASCO

No aún; dormidos
y un mal fuera despertarlos
cuando apresto mis escuadras
contra Acuña y Pedro Laso
que, en unión de Juan Padilla
van sus huestes hacinando.

DIEGO DE AVENDAÑO

¿Dejáis Burgos?

ÍÑIGO DE VELASCO

Sí lo dejo.
Don Alfonso de Arellano
vino a Burgos ha tres días,
a decirme que mi mando
—grande honor que no merezco—
se hace, en todo, necesario
por Olmedo y Tordesillas,
donde tienen puesto el campo,
con la cara a los rebeldes,
los leales del rey Carlos.
Y allá voy.

JUAN DE ULLOA

¿No tenéis miedo
de que en Burgos, al notarlo...?

ÍÑIGO DE VELASCO

No; ninguno mientras tenga,
como tengo, bien comprados

a sus jefes: que sin alma
son inútiles los brazos.
Y por Dios que, uno por uno,
los compré.

DIEGO DE AVENDAÑO

No a ese villano
que aguardáis.

ÍÑIGO DE VELASCO

A ése hoy espero
sujetarle entre mis lazos,
sin que pueda rebelárseme,
como siempre, a mis halagos.
Mas dejemos esto aparte
y, con ansia, al fin, sepamos
cuál el viento que al famoso
Maestrante de Santiago
trajo aquí, que luego oído
será, al punto, el de Avendaño.

(DON ALFONSO DE ARELLANO y DON DIEGO DE AVENDAÑO hacen ademán de ausentarse discretamente.)

No, por Dios. ¿Qué hacéis?

ALFONSO DE ARELLANO

Marcharme.

DIEGO DE AVENDAÑO

Y yo.

ÍÑIGO DE VELASCO

(Deteniéndoles con el gesto.)

Nunca; no; quedaros;
que, aquí, todos, por ser nobles,
y nobleza obliga a tanto,
lo que venga a ser secreto
lo daremos por soñado.

(DON ALFONSO DE ARELLANO. y DON DIEGO DE AVENDAÑO quedan distanciados del Condestable, a quien habla DON JUAN DE ULLOA con tono de ceremonia.)

Sabed, señor, que el noble y poderoso
don Federico Enrique, el almirante,
se muestra muy gozoso
porque a Pedro Girón tiene hoy ganado,
con tan gran discreción y con tal arte,
que el rebelde, dejando aquella parte
de rencor que teníale cegado,
a la causa del rey se le ha pasado.
Por su mucho valer y por su historia,
que de Pedro Girón, al fin y al cabo,
de condes viene a ser la ejecutoria,
se vió, rápidamente,
encumbrado al poder, pues que Padilla
cedióle, sin dudar, pendón y cetro
de las fuerzas rebeldes de Castilla.
Y esto os vengo a decir: quiere el ilustre
almirante saber si es oportuno
que don Pedro Girón, sin lazo alguno
que le ayunte a las huestes comuneras,
abandone aquel campo, y con tambores,

chirimías, trompetas y clarines,
lo reciban, del triunfo a los clamores,
en un día de sol nuestras banderas.
O si, por cautos fines,
nos conviene, en silencio, que prosiga,
con un doble antifaz, llamando amiga
a esa gente sin freno que ambiciona,
sobre el burdo tabardo de estameña,
colocarse el tahalí de una tizona.

(Hace una genuflexión cortesana, esperando así la respuesta del virrey.)

ÍÑIGO DE VELASCO

(Indicándole que abandone su actitud de pleitesía.)

Decid al almirante que en aprieto
igual nunca me vi; duro es el caso;
pero saldré del paso
con la ayuda de Dios. Estarse quieto
debe Pedro Girón entre los haces
que aun le tienen por suyo. Que se quede;
porque pienso, y no mal, que entre ellos puede
brindarnos, sin recelo, preparada
con delación certera y oportuna,
al paso y sin esfuerzo, la fortuna,
la postrera victoria en la jornada.

ALFONSO DE ARELLANO

(Con adulador entusiasmo.)

¡Nunca vi en la política más arte!

JUAN DE ULLOA

(En igual tono.)

¡Por mi nombre de Ulloa,
que merece el consejo invicta loa!

DIEGO DE AVENDAÑO

(En el mismo diapasón.)

¡Vos solo; vos, señor, el estandarte
que legó a nuestra patria el fiero Marte
debierais tremolar!

ÍÑIGO DE VELASCO

(Resplandeciente como un sol ante tales halagos.)

Basta, señores;
no merezco, a mi ver, tantos favores.

(A JUAN DE ULLOA.)

Tal diréis, sin tardanza, al almirante,
y añadidle, además, que por él brindo
con mi copa de oro y que hablaremos
del caso en breves días.

(A DON DIEGO DE AVENDAÑO.)

Ya, anhelante,
aguardo vuestra voz; hablad, don Diego,
que es ya en mí la impaciencia ardiente fuego.

(Avanza DON DIEGO DE AVENDAÑO hasta ocupar el sitio de DON JUAN DE ULLOA, que se retira junto a DON ALFONSO DE ARELLANO.)

DIEGO DE AVENDAÑO

(Tras de adoptar una adecuada actitud a la muy alta empresa que le trae cerca del condestable.)

El rey—a quien Dios guarde—salud por mí os
[desea,

y os dice que entre todos sus altos infanzones,
vos sois al que más honra, que en hechos y en
[blasones
ninguno hay que, en Castilla, vuestro rival se
[crea.
Decid al condestable, cuando partí me dijo,
que mucho en él estimo sus prendas de vasallo;
mas que, entre todas, una para mis reinos hallo
de incalculable precio: la vida de su hijo.
Quien engendró al que supo ganarme a Tor-
[desillas,
florón de los rebeldes, reciba mi alabanza;
¡bendito el condestable, que sobre el surco lanza,
por tierras de mi feudo, tan pródigas semillas!
Y así acabó: "Advertidle que, en breve, una
[embajada,
de la que sois heraldo, le llevará un trofeo
que, al par que fiel le sirva de escudo, mi deseo
de honrarle cumpla al dárselo: mi predilecta
[espada."
Y descendiendo, al punto, del trono, en un
[abrazo
me tuvo largo tiempo, tremante, conmovido,
pidiéndome que, apenas os viese, repetido
pusiera en vuestro pecho, con fuerza, el mismo
[lazo.

ÍÑIGO DE VELASCO

Mucho, don Diego, tardáis
en hacerme tal honor,
que por venir de quien viene

jamás lo esperara yo.

(Yendo hacia él con los brazos en cruz.)

Dadme los brazos.

DIEGO DE AVENDAÑO

(Estrechándole efusivamente.)

Con ellos,
al par que el del rey, os doy
un abrazo en el que pongo,
ya lo veis, mi corazón.

ÍÑIGO DE VELASCO

(Desasiéndose del abrazo.)

¿Os marcháis...?

DIEGO DE AVENDAÑO

Mañana mismo.

ÍÑIGO DE VELASCO

¿Tanta prisa?

DIEGO DE AVENDAÑO

Sí, por Dios,
que allá, en Flandes, dejé esposa
con tres hijos.

ÍÑIGO DE VELASCO

Es razón
que convence y, por lo tanto,
no os detengo. Y, ahora, voy

a deciros, por mi parte,
lo que al rey diréis. Favor
no merezco que me hagan
por cumplir mi obligación.
Si a mi rey le di un vasallo,
cual mi hijo, que ganó,
cara a cara, a los rebeldes,
con su espada y su tesón,
un baluarte, que era en ellos
retenerle un grande honor,
no hice más, yo así lo pienso,
que cumplir mi obligación.
Si el marqués de Haro, mi hijo,
con su esfuerzo conquistó,
para el rey, a Tordesillas,
donde hoy clava su pendón,
y, al tomarla, gritó a voces
"¡para el rey la tomo yo!",
no hizo más, yo así lo pienso,
que cumplir su obligación.
Y así, pues, yo no merezco
tal reliquia; mas, si en son
de mandármela el rey sigue
cuando a Flandes tornéis vos,
le diréis que me la mande,
que si de él a mí bajó
yo haré todo lo que pueda
por ponerla igual que el sol.

CABANILLAS

(Por una de las puertas laterales y con una amplia y oscura cartera en las manos.)

¿Me dais venia?

ÍÑIGO DE VELASCO

Sí.

(CABANILLAS avanza de hecho en la estancia.)

¿Ya vino?

CABANILLAS

Ahí está. ¿Pasa?

ÍÑIGO DE VELASCO

(A DON ALFONSO DE ARELLANO, DON JUAN DE ULLOA y DON DIEGO DE AVENDAÑO.)

Perdón;
mas preciso es que vos, conde
de Aguilar, don Juan y vos,
me dejéis unos momentos
solo, aquí, con quien llegó.
Perdonadme;

(Por una de las puertas laterales.)

en esa estancia
esperar podréis.

JUAN DE ULLOA

Señor;
vos mandáis.

DIEGO DE AVENDAÑO

Obedeceros
cumple a todos.

ALFONSO DE ARELLANO

Con fervor
pido al cielo que el villano
se os dé humilde.

ÍÑIGO DE VELASCO

Sí; hoy por hoy,
tal espero.

(Levantando el tapiz de la puerta que da acceso a la estancia que antes les indicó.)

En cuanto acabe
de hacer verle la razón,
seré vuestro, que esta noche
de mi mesa alrededor
—honra mucha alcanzo en ello—
tenéis sitio.

(Entranse en la cercana estancia, sobre cuya puerta deja caer DON ÍÑIGO DE VELASCO el pesado tapiz, encaminándose después hacia la mesa de roble que yace al pie del trono.)

Este sillón
aún más junto de la mesa
ponle.

(CABANILLAS cumple el mandato diligentemente.)

CABANILLAS

¿Así?

ÍÑIGO DE VELASCO

Está bien.

(Sentándose y abriendo la cartera que CABANILLAS le habrá puesto delante, sobre la mesa.)

¿Firmó
Pero Antúnez?

CABANILLAS

Sí.

ÍÑIGO DE VELASCO

(Cogiendo uno de los papeles que encierra el cartapacio y repasándolo, rápidamente, desde la cruz a la fecha con la vista.)

¿Mi escrito
leyó?

CABANILLAS

Entero.

ÍÑIGO DE VELASCO

(Dejando el papel por otro que también repasa fugazmente.)

¿Y no arguyó
nada en contra?

CABANILLAS

Nada.

ÍÑIGO DE VELASCO

Entonces,
Pero Antúnez...

CABANILLAS

Aceptó.

ÍÑIGO DE VELASCO

(Por el papel que tiene en la mano.)

Este Oliva pide mucho.

CABANILLAS

Mucho pide.

ÍÑIGO DE VELASCO

¿Y es de pro?

CABANILLAS

Sí lo es; que dondequiera
que hable Oliva, allí su voz
tiene voto.

ÍÑIGO DE VELASCO

(Dejando a su vez este pliego por otro.)

Pues darémosle
lo que pide.

(Pone sus ojos en el nuevo papel, y, apenas comienza a leerlo, interrumpe su lectura con una sonora carcajada.)

¡Vive Dios,
que no he visto un loco igual
en mi vida!

CABANILLAS

(Observando el papel por encima del hombro de Don Íñigo de Velasco.)

¿Quién?

ÍÑIGO DE VELASCO

Antón.

CABANILLAS

¿Ah? Sí; siempre tuvo sueños
de grandezas.

ÍÑIGO DE VELASCO

(Volviendo a reír mientras sacude en su mano el papel.)

¡Un blasón
pide aquí!

CABANILLAS

Tiene un molino,
cuatro yuntas y uno o dos
colmenares.

ÍÑIGO DE VELASCO

(Con burlona admiración.)

¡Con tal renta
ya me explico su ambición!

CABANILLAS

¿A éste, entonces...?

ÍÑIGO DE VELASCO

Le daremos
lo que pide; ¿por qué no?

(Coloca el papel, que será el último, sobre los otros, y cerrando el cartapacio se lo entrega a CABANILLAS.)

No será el primer villano
que a mi costa se encumbró.
¿Queda alguno por venderse
que el tal valga?

CABANILLAS

Gil Rincón.

ÍÑIGO DE VELASCO

Es ya mío.

(Ante un gesto de asombro que hace CABANILLAS.)

Sí. ¿Lo dudas?

CABANILLAS

(Precipitada e inconscientemente, sin fijarse en su irreverencia.)

Sí; lo dudo.

ÍÑIGO DE VELASCO

(Ante tan grande e inesperada falta de respeto.)

¿Qué?

CABANILLAS

(Queriendo reparar, verdaderamente espantado, la falta cometida.)

Señor;
perdonad; pero en su casa
de tal modo me trató,
que cualquiera, allí, escuchándole,
se creyera, igual que yo,
que él compraba y vos vendíais.

ÍÑIGO DE VELASCO

¿Eso fué después que vió
por su casa, entre justicias,
tinto en sangre a su hijo?

CABANILLAS

No.

ÍÑIGO DE VELASCO

Pues entonces, calla y nunca
quites, ciego, la razón
a quien, siempre, de tenerla
ganó fama, como yo.

(Marcándole el arco del fondo seca e imperativamente.)

Y, ahora, corre y tráele al punto.

CABANILLAS

(Aparte.)

Creíme muerto.

(Alto y en son de irse.)

Por él voy.

ÍÑIGO DE VELASCO

(Deteniéndole con la voz a punto de cruzar los umbrales.)

Roque Ureña, ¿dónde yace?

CABANILLAS

Siendo el sitio en que cayó
de su casa tan cercano,
sin dudar, se le tendió
en su lecho.

ÍÑIGO DE VELASCO

¿Se arrepiente
de su hazaña el matador
o da en cosas que no pueden
perdonar la ley ni Dios?

CABANILLAS

Dice, terco, a quien le escucha
que al herir sólo pensó
darle muerte, y que bien muerto
Roque Ureña allí quedó.

ÍÑIGO DE VELASCO

Pues veremos quién de entrambos
gana el pleito.

(Vase Cabanillas.)

Tentación
me da, ahora, de hacer verle
lo que pesa mi ley. No
fuera el hijo de su padre
y mañana, con horror,
viéranle todos aquellos
que defienden su opinión
suspendido de una almena;
que a tal crimen, tal sanción.

CABANILLAS

(Que aparece en el arco del fondo, precediendo a Gil Rincón, que viste luenga capa, tabardo de parda estameña y amplio sombrero, del que se destocó, trayéndolo en las manos.)

Venia os pide para hablaros...

ÍÑIGO DE VELASCO

(Abstraído en su idea de venganza.)

¿Quién la pide?

GIL RINCÓN

(Altivo.)

Gil Rincón.

ÍÑIGO DE VELASCO

(Desarrugando el ceño.)

Pasad.

(A CABANILLAS.)

Vete.

(Vase CABANILLAS, en tanto que GIL RINCÓN viene, con tranquilo paso, a quedar en medio de la estancia, frente por frente al condestable.)

¿Vos aquí?

GIL RINCÓN

Me llamasteis.

ÍÑIGO DE VELASCO

Ya lo sé.

GIL RINCÓN

Pues decidme para qué.

ÍÑIGO DE VELASCO

¿Tenéis prisa acaso?

GIL RINCÓN

Sí.

ÍÑIGO DE VELASCO

Displicente estáis, Rincón.

GIL RINCÓN

¿Lo decís porque en mi tono
veis rudeza? Yo os abono
que no dais con la razón.
Por mi oficio—soy herrero—
viví siempre distanciado
de ese tono almibarado
que hace a un hombre caballero.
¿Tenéis prisa?, me dijisteis,
y, al instante, mi rudeza
dijo sí con la franqueza
que le sobra, ya lo visteis.
Soy sincero en demasía
con quien hablo, y esto ofrece
un defecto que parece
falta en mí de cortesía.

ÍÑIGO DE VELASCO

Pues mejor, porque así espero
que aquí quede solventado
cierto asunto reservado,
yo cortés y vos sincero.

GIL RINCÓN

Ya os escucho.

ÍÑIGO DE VELASCO

Pues oídme.
¿Por qué, Gil, viviendo pobre,
no buscáis mundo en que os sobre
posición y oro, decidme?
Yo ambas cosas podré daros.

GIL RINCÓN

¿Cómo, a fe?

ÍÑIGO DE VELASCO

Siendo mi amigo;
porque, en siéndolo, me obligo
con mis fuerzas a ayudaros.

GIL RINCÓN

No me vendo.

ÍÑIGO DE VELASCO

No os he dicho
que hagáis tanto.

GIL RINCÓN

Pues cualquiera
que os oyese, lo creyera.

ÍÑIGO DE VELASCO

(Aparte.)

Sigue, terco, en su capricho.

GIL RINCÓN

Siempre en lid con la fortuna,
sin cejar, ni un día ocioso,
ni envidiado ni envidioso,
vivió Gil desde la cuna.
Vos creéis, por verme abajo,
que tenéis mi honra ganada,
sin pensar que en la jornada
perderéis tiempo y trabajo.
Vida u honra no vendiera
sino a Dios o a limpio precio,
que venderlas fuese necio,
sin honor, a quien quisiera.
Ya lo veis; si en cortesano
seguís dando por hablarme,
la respuesta, sin doblarme,
yo he de dárosla en villano.

ÍÑIGO DE VELASCO

(Levantándose repentinamente ante la violencia del dardo.)

¡Me ultrajáis!

GIL RINCÓN

(Sin perder la calma.)

No; el antifaz
os quité, que no es lo mismo.

ÍÑIGO DE VELASCO

(Sordamente.)

Mirad, Gil, que hacia un abismo
vais a ciegas.

(Recobrándose.)

Haya paz.
¿Sois buen padre?

GIL RINCÓN

De ese oficio
—Dios me juzga—cumplo a ley
mis quehaceres.

ÍÑIGO DE VELASCO

Pues el rey
pídeos, Gil, un sacrificio.

(Casi al oído.)

Si firmáis...

GIL RINCÓN

¿El qué?

ÍÑIGO DE VELASCO

...en un pliego
pronta y clara abjuración,
de Blas—júrooslo—el perdón,
sin reservas, os doy luego.

GIL RINCÓN

(En igual tono de confidencia.)

Si a mí un hombre, yo virrey,
tal traición me propusiera,
por su crimen, mal pudiera
verse libre de mi ley.

ÍÑIGO DE VELASCO

(Retrocediendo unos pasos, como el que sintió en mitad del pecho un golpe inesperado.)

Jugáis, Gil, con la fortuna,
sin pensar, de vuestro hijo.

GIL RINCÓN

Le juzgáis a plazo fijo,
sin ceder ventaja alguna.

ÍÑIGO DE VELASCO

Blas pecó.

GIL RINCÓN

Pues a juzgarle;
—¿cosa en contra os dije yo?—
jueces hay, si Blas pecó,
que harán bien en condenarle.
No sois vos, que son los jueces
los que aquí deben hablar;
vos aquí debéis dejar
que la ley haga sus veces.

ÍÑIGO DE VELASCO

Soy quien soy.

GIL RINCÓN

Aquí es igual;
yo vasallo y vos virrey
somos uno ante la ley,
lo haga bien o lo haga mal.

ÍÑIGO DE VELASCO

¿Queréis guerra?

GIL RINCÓN

No la ansío;
mas sabed que Gil Rincón
si defiende su razón
pone en ello mucho brío.
Cara a cara, es cuento viejo
que da el vulgo en repetir,
nos pusimos a reñir
más de un día en el Concejo.
Y si es cierto que probada
quedó allí vuestra destreza,
no olvidéis que mi franqueza
me dió a veces la jornada.

ÍÑIGO DE VELASCO

¿No cedéis?

GIL RINCÓN

Nunca.

ÍÑIGO DE VELASCO

Con tiento
id, Rincón; vuestra altivez
puede haceros esta vez
mucho daño, y bien lo siento.

GIL RINCÓN

Pues hacéis mal en sentirlo,
porque yo tranquilo estoy.

ÍÑIGO DE VELASCO

¡Terco es!

GIL RINCÓN

Pues si lo soy,
¿por qué tanto repetirlo?
Y sabed que no es prudente,
si otra vez dais en llamarme,
con reservas, enviarme
por mi casa a cierta gente.
Que si vos queréis tratar
de este pleito, en nuestra silla
del Concejo, sin mancilla,
lo podemos solventar.

ÍÑIGO DE VELASCO

No os conviene.

GIL RINCÓN

¿A mí? ¿Por qué?

ÍÑIGO DE VELASCO

No dudadlo; porque allí
la ventaja es para mí.

GIL RINCÓN

Perdonad, mas no lo sé.

ÍÑIGO DE VELASCO

Pues yo, sí; que mi sitial
con bastón de rey me ampara.

GIL RINCÓN

Lo de menos es la vara;
la razón es lo esencial.

ÍÑIGO DE VELASCO

¿La razón? La habéis perdido.

GIL RINCÓN

¿Desde cuándo?

ÍÑIGO DE VELASCO

Desde hoy.

GIL RINCÓN

No os comprendo; ¿loco estoy?

ÍÑIGO DE VELASCO

Cuerdo y más de lo debido.

GIL RINCÓN

Hablad claro.

ÍÑIGO DE VELASCO

Bien lo está,
que a la vista al punto salta,
quien, traidor, a su rey falta
y a la ley que se le da.

GIL RINCÓN

¿Traidor?

ÍÑIGO DE VELASCO

Sí.

GIL RINCÓN

Pues es preciso
demostrar la acusación.

ÍÑIGO DE VELASCO

Vais a oírla, Gil Rincón;
que no os coja de improviso.
¿Negaréis—fuera liviano
querer ir contra lo cierto—
que si Roque Ureña ha muerto
lo mató Blas por su mano?

GIL RINCÓN

No lo niego.

ÍÑIGO DE VELASCO

¿Y es mentira
que usó Blas, para matarle,
de un cuchillo?

GIL RINCÓN

No.

ÍÑIGO DE VELASCO

¿Quién darle
pudo el hierro? Aquí respira
la traición, porque, a mi ver,
no sois, Gil, más que un villano,
y un cuchillo en vuestra mano
tal delito viene a ser.

GIL RINCÓN

¿Me acusáis...?

ÍÑIGO DE VELASCO

De haber tenido,
clara está la acusación,
tal cuchillo en un rincón,
sin deber, Gil, escondido.

GIL RINCÓN

La razón es como vuestra;
mal urdida y peor contada;
fácil cosa es la coartada;
mi actitud os lo demuestra.
Blas mató porque debía,
y, tal vez, para vengarse,
tal cuchillo dió a buscarse,
que en mi casa no lo había.
Que de haberlo Blas tenido,
porque Blas no se perdiera,
por quien soy, de mal manera
que le hubiese reprendido.

Mas no ahora, que después
de que vos hablasteis claro,
ni pusiera a Blas reparo,
ni parara a Blas los pies.
Que en la fuerza de sus manos,
bien lo ha visto hoy Gil Rincón,
sólo tienen la razón
en Castilla los villanos.

(El acento de GIL RINCÓN, franco, sin temor de ser oído, resuena tan claro y sonoro por la anchurosa estancia, que DON ALFONSO DE ARELLANO, DON JUAN DE ULLOA y DON DIEGO DE AVENDAÑO, levantando el tapiz más que por descortés curiosidad inducidos por el miedo de que el Condestable pueda ser víctima de un ultraje o de una violencia, asoman en grupo por el umbral, pudiendo percibir, contundente y precisa, la última frase vindicatoria del indomable villano.)

ÍÑIGO DE VELASCO

(A los nobles, que avanzan, ya decididos, hasta ponerse al lado del Virrey y frente por frente de GIL RINCÓN.)

Ya le oisteis.

DIEGO DE AVENDAÑO

(Echándose la diestra al puño de la tizona.)

Por mi vida
que no sé cómo...

JUAN DE ULLOA

(Con desprecio.)

Un rebelde.

ALFONSO DE ARELLANO

(A Don Iñigo de Velasco.)

Castigadle.

GIL RINCÓN

Si pudiera
ya lo haría; que lo intente.

JUAN DE ULLOA

No será porque le falten
sus motivos, que los tiene.

GIL RINCÓN

¿Quién sois vos, que en estas cosas
de él y mías, imprudente,
os metéis?

ÍÑIGO DE VELASCO

Un caballero
que tal hace porque puede.

GIL RINCÓN

Según vos, sí; mas yo creo
que al hacerlo se entromete;
pues yo, aquí, con vos hablaba
de un asunto que concierne
sólo a vos y a mí, y no aguanto
que aquí nadie os aconseje.

DIEGO DE AVENDAÑO

Es audaz.

JUAN DE ULLOA

Al fin, villano.

ALFONSO DE ARELLANO

Orgulloso es el pobrete.

GIL RINCÓN

Más que vos, que nunca ultrajo
sin razón a quien la tiene,
con espada y sin que el otro
de una igual pueda valerse.

DIEGO DE AVENDAÑO

Tiene gracia. De tenerla,
¡vive Dios!, ¿de qué os valiese?

GIL RINCÓN

Diérale—Dios me es testigo—
muerte aquí, que la merece.

ÍÑIGO DE VELASCO

Gil Rincón; tened la lengua
menos libre.

GIL RINCÓN

Quien consiente,
como vos, el que tres hombres
a uno solo me lo cerquen
y atosiguen con ultrajes

y con burlas, no me puede
ni dar voces de prudencia,
ni consejos que yo acepte.

DIEGO DE AVENDAÑO

(Asombrado de tanta osadía.)

¿Eso a quién...?

ALFONSO DE ARELLANO

(Interponiéndose ante DON DIEGO DE AVENDAÑO, que intenta avanzar contra GIL RINCÓN.)

¡No veis que es loco!

ÍÑIGO DE VELASCO

No creílo; mas al verle
cómo, indómito, en mi casa
contra todos se nos viene,
voy pensando que, en efecto,
sin mirar con quién se mete,
trastocado, torpe el juicio,
no razona como debe.

GIL RINCÓN

Sí razono; a mi manera
grave y llana, sin afeites.
Yo razono que en Castilla
quien trabaja sólo tiene
muchos duelos mientras vive,
poca tierra cuando muere;
no así aquel que entre torneos,

farsas, juegos y manteles,
gasta el oro del que vive
sin gozar de esos placeres.
Yo razono que en Castilla
cuantos más diezmos nos echen
y, cual hoy, con alcabalas
y servicios nos aprieten,
más temprano obligaremos,
por la fuerza, sin que quede
ni uno solo, a que los ricos
paguen rentas de sus bienes,
que las cargas del Estado
de justicia es que las lleven,
por igual, entre unos y otros,
como Dios manda en sus leyes.
Yo razono que Castilla,
por ser grande, no merece
que su rey, metido en cosas
que no atañen a su gente,
viva en Flandes, olvidando
más preciosos intereses,
y reinando entre una corte
que en su lengua nos zahiere.
Yo razono que a esa plaga
de extranjeros, que el de Xevres,
el valido del rey Carlos,
trajo aquí y que, impunemente,
contra diezmos y alcabalas
y servicios arremeten,
y hechos de oro, como aves
de rapiña, allá se vuelven,
obligárseles debiera,

con mesura, o como fuese,
que para eso hay en Castilla
leyes propias y altos jueces,
que en un tiempo, no muy largo,
lo que es nuestro devolviese.
Yo razono que en un cuerpo
todo es útil. Fuera inerme
sin cabeza el más robusto
de los hombres, mas ¿pudiese
conseguir una cabeza
todo aquello que quisiere
sin sus brazos? No. Pues esto
que a los hombres acontece,
como ejemplo han de tomarlo,
por igual, pobres y reyes.
Si es locura lo que os dije,
no lo sé; mas ahí se quede
por si alguno de vosotros
recordarlo le conviene.

ÍÑIGO DE VELASCO

Yo os afirmo, por mi parte,
que lo haré, pues me interesa
todo aquello que dijisteis,
Gil Rincón, sobremanera.
Tanto efecto me ha causado,
que, mañana, con las piezas
del proceso en que os acuse
de traidor al rey, concretas,
daré al par, que de este modo
pienso yo que harán más fuerza
contra vos, todas las cosas

que aquí hais dicho a la realeza.
Ya sabéis, pues, que mañana
tenéis, Gil, proceso en puerta,
y, en un pliego, muchas cosas
de interés en contra vuestra.

GIL RINCÓN

Bien hacéis; mas no os extrañe
que yo, en tanto, me defienda.
Yo, también, mañana mismo
contra vos llevaré puestas
en un pliego ciertas notas
que os acusen con largueza.
Yo no sé si la justicia
me dará razón; si acierta,
viendo claro lo que digo
contra vos, a concedérmela,
ya podéis dar por perdida,
condestable, la cabeza.

DIEGO DE AVENDAÑO

(Conteniéndose a duras penas.)

¡Vive Dios...!

JUAN DE ULLOA

(Dando un paso hacia GIL RINCÓN.)

Hay que cortarle,
sino calla...

GIL RINCÓN

(Impávido.)

¿El qué?

ALFONSO DE ARELLANO

La lengua.

GIL RINCÓN

(A Don Alfonso de Arellano.)

Pues hacedlo; mas miraros
antes mucho, que la empresa
no estan fácil.

(A Don Iñigo de Velasco.)

Porque es cosa
de razón, y mi conciencia
lo cree así, voy a deciros
todo aquello que, en las piezas
del proceso en que os acuse
de traidor al pueblo, tenga
para vos mayor peligro,
mayor riesgo en contra vuestra,
que a mí vos me lo dijisteis
y es muy justo que así sea.
Yo os acuso, condestable,
de ser falso a las promesas
que nos disteis al entraros,
sin orgullo, en estas tierras.
Sois traidor, una y mil veces,
sois traidor y me lo prueba
que ante el pueblo, a quien temíais,
bajo el arco de una iglesia,
y ante un libro de Evangelios
suspendida en cruz la diestra
con voz clara prometisteis
ser leal siempre con nuestras
libertades, y el ver luego,

con engaño o por la fuerza,
cómo al pueblo vais quitándole
privilegios y prebendas,
leyes, fueros y otras cosas
que son suyas y no vuestras.
Yo os acuso, condestable,
de quererme, con reserva,
cuando vos y yo tenemos,
como alcaldes, silla puesta,
frente a frente, en el Concejo,
sobornar, dándome en prenda
—vos aquí me lo habéis dicho—
libre a Blas de toda pena.
Yo os acuso de esto y muchas
más traiciones; pero en éstas
está el peso del delito
como os dije. Firma y fecha
pondré al pliego donde vayan
tales culpas, y el que quiera,
tras mi firma, con la suya
dar al pliego más firmeza,
bien hará, porque pretendo
presentarlo en contra vuestra,
no en el mío, sino en nombre
de esta villa, toda entera.

ÍÑIGO DE VELASCO

¿Sois fiscal, pues?

GIL RINCÓN

De una causa
que si el pueblo pide en ella

voz y voto, es muy posible
que en vos caiga tal sentencia
que no os libre ni el rey mismo
de quedaros sin cabeza.

ÍÑIGO DE VELASCO

No olvidéis que en esta lucha
nos jugamos igual prenda.

GIL RINCÓN

Ya lo sé; yo nunca juego
con ventaja.

ALFONSO DE ARELLANO

De esta hecha
sí.

GIL RINCÓN

¿Por qué?

ALFONSO DE ARELLANO

Porque si pésanse
una vida y otra, queda
con más peso, en la balanza,
la de él que no la vuestra.

GIL RINCÓN

Vos veréislo de ese modo;
Dios lo ve de otra manera.

Porque vista burdo sayo
y me abrigue con mi capa de estameña hasta
[que vuelve
con su ardor el rojo Mayo,
no merezco que, orgullosos,
me lancéis vuestros ultrajes,
y, a mi vista, como pavos que se esponjan va-
[nidosos,
despleguéis vuestros plumajes,
vuestra pompa de realeza,
todo el gusto y la riqueza
que ponéis en vuestros trajes.
Si ceñís brillante espada,
y en la gorra lleváis pluma
que, al compás de vuestro paso, gira al viento
[como bruma
que en el aire va colgada,
yo, también, como vosotros, muestro ufano mis
[blasones:
una fragua junto a un yunque, mi hijo Blas y
[los terrones
de una tierra que trabajo con el filo de mi azada.
*Sí, diréis; ¿pero y las glorias de los fuertes
[Infanzones? (1).
*los broqueles resonantes; las adargas; los lan-
[zones;
*los ruidosos arcabuces; las ballestas; los bri-
[dones;
*los violentos falconetes;
*los mandobles de dos filos y encorvados gavi-
[lanes;

(1) Todos los versos que llevan asterisco serán suprimidos en la representación de la obra.

*los flotantes gallardetes;
*el vencido que doblega
*la rodilla y que os entrega
*rota espada que al rey, luego,
*se le ofrece como en prenda de homenaje y
[patrio fuego;
*el rumor de los cinceles
*que van, firmes, esculpiendo sobre el mármol
[vuestro nombre
*con un cerco de laureles;
*y, al morir, ser conducidos, en un carro con
[doseles,
*por caballos de ancha grupa, rudo belfo y lar-
[gas crines,
*entre estruendos de atambores,
*armaduras que despiden deslumbrantes res-
[plandores
*y agrios sones de clarines.
*Mas decidme: de estas glorias,
*como el humo transitorias,
*¿qué nos queda?; al cabo, nada;
*que en la vida de los hombres suele ser lo más
[humilde
*lo más útil para todos al final de la jornada.
*Por ejemplo: despertarse cuando, rápida, la
[alondra,
*como flecha disparada,
*rasga el velo adormecido de la tímida alborada,
*y dejando, sin esfuerzo, la caliente y dulce al-
[mohada,
*ver, al sol, desperezarse
*la campiña, aun soñolienta, donde pace ya el
[ganado

*y el gañán, baja la frente,
*con la reja del arado
*va tendiendo el largo surco donde cuaje a los
[calores,
*hecha espigas, la simiente.
*Recorrer la amplia besana; ver si cumplen bien
[las yuntas;
*atender todas las quejas; platicar con los pas-
[tores
*que, en la paz de los apriscos,
*con zampoñas y rabeles y otros sones pasto-
[riles,
*mientras cuidan los rediles,
*dicen églogas de amores;
*vigilar si todos tienen, rapazuelos y gañanes,
*bien surtidos los zurrones y amasados bien los
[panes,
*y después de estos afanes,
*por veredas mal cortadas, por atajos y entre
[riscos,
*darse el gusto de la caza, rodeado de lebreles
*que a los pies os traigan, fieles,
*montaraces codornices,
*liebres, ocas y perdices
*que serán, bien sazonadas, rico plato en vues-
[tra cena,
*mientras arde un rojo leño
*que os invite, poco a poco, ya quitados los
[manteles,
*tibio y dulce, a caer en brazos
*otra vez hasta la aurora, sin sentir, de un blan-
[do sueño,
*parecido al de la muerte

*del que a Dios nunca ha temido
*por haber siempre vivido
*conformado con su suerte.

(Repentinamente llegan de la calle secos y repetidos arcabuzazos.)

Mas, ¿qué es esto?

(Ante el tesón de los disparos, D. Juan de Ulloa y D. Diego de Avendaño se dirigen aceleradamente hacia una de las ojivas del fondo, la que abren, llegando de fuera en este momento más precisos los arcabuzazos y un rumor de gente alborotada.)

DIEGO DE AVENDAÑO

Son descargas
de arcabuces.

JUAN DE ULLOA

Ved; flamean,
como llamas de un incendio,
las antorchas.

ÍÑIGO DE VELASCO

¡Quien se atreva,
sin motivo, a darme, ahora,
tales ruídos o pendencias,
que le ahorco!

CABANILLAS

(Que entra por el fondo en actitud despavorida.)

Señor; grupos
de villanos, con ballestas
y arcabuces, acorralan,

contra el quicio de estas puertas,
a una guardia de soldados
que sostiene a duras penas
el ataque.

ÍÑIGO DE VELASCO

A los balcones,
que de allí veremos cerca
cuántos son y, en caso grave,
desde lo alto, con certera
puntería, acudiremos
de esa guardia en la defensa
¿Venís?

ALFONSO DE ARELLANO

Vamos.

(Vanse por la galería D. Iñigo de Velasco y D. Alfonso de Arellano, a los que se unen, abandonando la ojiva, D. Juan de Ulloa y D. Diego de Avendaño. Cabanillas síguelesel paso.)

GIL RINCÓN

No me explico
tal suceso; pero en estas
circunstancias debo hacerme
pronto abajo; que el que sea,
de mi ayuda o mi consejo
necesita.

(Al dirigirse Gil Rincón en busca de la galería surge por ella su hijo Blas en son de huída, hecho jirones el traje, el pecho sin respiración y llevando en ambas muñecas aun atados los restos de una cuerda.)

¿Tú aquí?

BLAS

(Que primero, al ver a un hombre, hace un ademán de susto; pero que, al reconocer a su padre, se precipita hacia él en demanda de amparo.)

¡Es fuerza
que me salves!

GIL RINCÓN

(Amparándole en sus brazos.)

No lo dudes.

(Sin salir de su asombro.)

Mas, ¿tú aquí?

BLAS

Con estas cuerdas
bien sujeto, me traían
al Alcázar diez ballestas,
cuando en esto un fuerte grupo
de villanos, a una seña,
precipítase con furia
contra aquellos que me llevan;
les empujan, hieren, tajan;
y de pronto, se me acerca
Juan Lorenzo, el que, librándome

(Por los cordeles que aun cuelgan de sus muñecas.)

de estas trabas, dice: "vuela,
sin parar, hasta encontrarte
en Vivar del Cid; si llegas,
hallarás allí un caballo
bolsa y armas; mete espuelas,
y si Dios quiere salvarte
de él es cosa y ya no nuestra."

Le abracé, salí corriendo,
dos soldados, tras mis huellas,
me acosaban calle arriba,
para dar con una puerta
que, al cerrarse a mis espaldas,
evitó que me siguieran;
y cruzando, sin pararme,
pasadizos y escaleras,
siempre ciego por lo oscuro,
sin fijarme, siempre a tientas,
me topé con vos.

GIL RINCÓN

Pues huye,
que ahora yo soy quien te ordena
que a la ley faltes, sabiendo
por qué bando la ley queda.

(Tornándole a recoger paternal y emocionadamente en un abrazo.)

Dios te guíe. Toma el rumbo,
sin dudar, de aquellas tierras
donde luchan, con justicia,
bajo el sol nuestras banderas.
Sé leal, y si Dios quiere

(Besándole, en un sollozo difícilmente reprimido.)

—dame un beso—hasta la vuelta.

(Abriendo una de las vidrieras del ventanal.)

Por aquí; que esto da al paso,
yo lo sé, de una calleja.

(Se asoma e investiga la soledad de la calle.)

Nadie; sola. Pronto; sube,
que oigo ruídos que se acercan.

(Blas, con la ayuda de su padre, salta al alféizar.)

BLAS

(Echándole los brazos al cuello por última vez, ya separados por el muro.)

¡Adiós, padre!

(Desaparece).

GIL RINCÓN

(Siguiéndole con los ojos.)

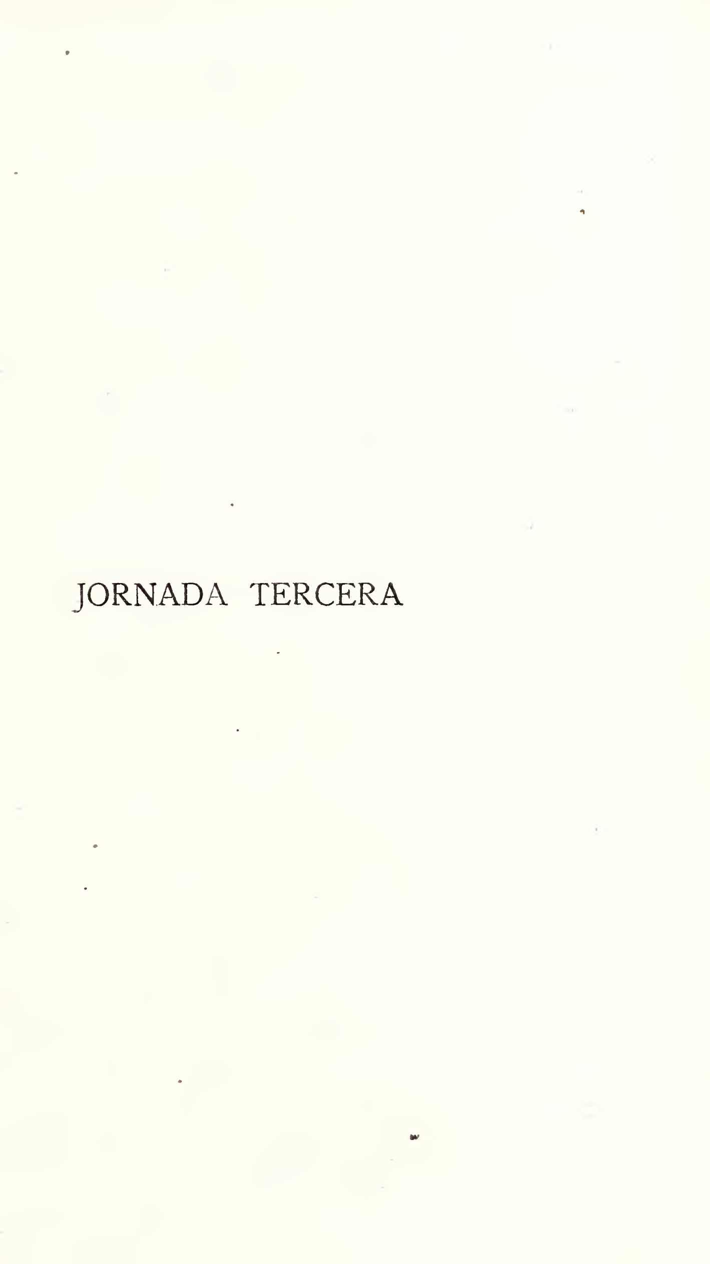
¡Blas del alma!

(Cerrando herméticamente e ventanal.)

Nada importa ya que vengan.
Tal vez alguno a pensar
se dé, cuando sepa el caso,
que yo, como alcalde, el paso
debíle a mi hijo negar.
Fuera rigor desmedido
darles el preso otra vez;
si fuí contra Blas buen juez,
buen padre al final he sido.

(Toma, con paso diligente, el arco del fondo con dirección de la calle, de la que llega, por las abiertas ventanas de la galería, algún que otro arcabuzazo y lejanas voces, ya casi apagadas, de marcial pelea.)

ASÍ TERMINA LA JORNADA SEGUNDA



JORNADA TERCERA

PERSONAJES

GIL RINCÓN.
JUAN LORENZO.
PEDRO TOVAR.
TERESA.
JUAN.
MIGUEL.
CABANILLAS.
El verdugo y turba de soldados.

JORNADA TERCERA

ESCENA

Es el mismo zaguán de la jornada primera, pero sin el batir del macho sobre el yunque; con el hogar de la fragua tristemente apagado y sin aperos de labranza.
Un velo de dolor cernióse sobre todas las cosas, cubriéndolas con un tinte de soledad y de abandono.
Una de las hojas del portón, abierta del todo, deja ver la angosta callejuela, alumbrada ahora por un melancólico rayo de sol que, resbalando por la fachada de enfrente, hace un remanso de oro en el suelo.

GIL RINCÓN

(Saliendo por la puerta lateral, seguido de CABANILLAS, que precede a un CORCHETE.)

Como veis, corta es mi hacienda.

CABANILLAS

(Al CORCHETE, que lleva en la mano un pliego de papel escrito, un tintero, que dejará sobre uno de los taburetes, y una pluma, que se pondrá detrás de una oreja.)

¿Todo está? ¿Nada olvidaste?

UN CORCHETE

Nada. Oídlo:

(Leyendo con voz campanuda, de circunstancias, lo escrito en el papel.)

Sillas, nueve;
dos camastros; un estante
de nogal; todo el servicio
de manteles, jarros...

GIL RINCÓN

¡Calle!;
que ya es mucho haberle oído
cuatro veces, con voz grave,
de abejorro, hacer resumen
de tal lista.

(A CABANILLAS.)

De esta parte
haced pronto el inventario.

CABANILLAS

(Al CORCHETE.)

Toma pluma y oye.

(El CORCHETE se sienta a horcajadas sobre un taburete que habrá colocado cerca del que sostiene el tintero, y poniendo sobre una de sus rodillas el papel, se apresta a escribir.)

Baste
con que pongas...

(Al par que va recorriendo uno a uno todos los útiles y muebles que hay en la estancia.)

una fragua
con su fuelle y un montante
para el humo. Luego... un yunque...
escabeles... tres...

(Por las herraduras y clavos pendientes de los muros.)

herrajes...

(Comienza a contar clavos y herraduras, pero a poco de comenzar lo deja por imposible.)

los que quieras..., un escaño...
y dos mazas. Ya es bastante.

GIL RINCÓN

Sí lo es, que nada queda
por contar.

CABANILLAS

¿Qué? ¿Lo apuntaste?

UN CORCHETE

(Terminando de escribir.)

Listo está.

CABANILLAS

Pues pliega y vámonos
que ya es hora que esto acabe.

(El CORCHETE, levantándose, pliega el papel, que guarda, con el tintero y pluma, en una escarcela.)

GIL RINCÓN

Sí, por Dios.

(Viendo cómo CABANILLAS se frota, harto de satisfacción, las manos.)

¿Qué? ¿Estáis contento,
Cabanillas?

CABANILLAS

(Pretendiendo inútilmente cubrir su rostro con el antifaz de la hipocresía.)

No; el frotarme,
Gil Rincón, entrambas manos,
sólo indica que, en marchándome,
quedo libre hasta mañana.
Fué un mal día; cuatro trances
como éste tuve.

GIL RINCÓN

¿Cuatro?
Duro oficio.

CABANILLAS

Sí, bastante.

GIL RINCÓN

No os envidio. Más que el cuerpo
tendréis muerta el alma. Grave
cosa, pienso, que sería
para mí, sin tregua, el darme
a quitar a tanta gente,
que jamás me hizo un ultraje,
como vos, toda su hacienda,
por que sí, con malas artes.

CABANILLAS

Yo no soy quien os la quita.

GIL RINCÓN

¿Quién entonces?

CABANILLAS

No obligáranme
a tal cosa y no la hiciera.

GIL RINCÓN

Mal sistema de escudarse.
Todo aquel que elige oficio
está libre de dejarle
si no cuadra a sus maneras.
En el mundo, por ser grande,
mil oficios hay y alguno
puede ser que pronto hallarais
donde nadie, en contra vuestra,
a hacer nada os obligase.

CABANILLAS

Mas mi oficio no es de aquellos
que deshonren.

GIL RINCÓN

¡Dios me ampare!
¿Quién habló aquí de estas cosas?

CABANILLAS

Lo creí.

GIL RINCÓN

Fuera dislate
decir tanto.

CABANILLAS

La justicia
tiene en mí, no ha de negárseme,
una ayuda, y ya por esto,
con razón, puedo ufanarme.

GIL RINCÓN

Cierto es; como el verdugo.

CABANILLAS

(Dando un respingo.)

¿Qué habéis dicho?

GIL RINCÓN

Nada infame.

CABANILLAS

Pues yo creo...

GIL RINCÓN

Nada dije
contra vos que yo inventase
para haceros una ofensa,
pues no es cosa que me agrade.
Condenado es por su culpa

a la horca un hombre; ¿atarle
a quién toca? A vos. Y, luego,
¿quién entrega así al culpable
porque él solo no se diera
al verdugo? Vos. Alardes
y remilgos son los vuestros,
Cabanillas, que no atañen
a este caso que os he dicho
donde, vos y él, responsables
sois, al par, de dar a un hombre,
ya lo veis, muerte infamante.

CABANILLAS

Al par, no.

GIL RINCÓN

¿Por qué?

CABANILLAS

(Enseñándole abiertas sus dos manos.)

Mis manos,
Gil Rincón, no tienen sangre.

GIL RINCÓN

(Sin fijarse en aquellas manos, que tienen la apariencia de las garras de un gavilán.)

Es al alma, y no a las manos
donde a un hombre hay que mirarle.

CABANILLAS

Si fué ofensa...

GIL RINCÓN

¿Qué?

CABANILLAS

Que entonces
contra vos daría parte.
No olvidad que hoy represento
a la ley.

GIL RINCÓN

(Irguiéndose, y al tiempo que les marca la salida del zaguán, imperativamente, con su extendida diestra)

Con delatarme
nada haríais. Mi proceso
tiene ya cosas bastantes
para que una más consiga,
ya lo veis, el asustarme.

(Al salir CABANILLAS y el CORCHETE se cruzan con PEDRO TOVAR, JUAN y MIGUEL, que penetran, también por el portón, en la herrería. Los dos mancebos se quedan, humildemente, al fondo.)

PEDRO TOVAR

(Por CABANILLAS y el CORCHETE.)

¿Qué buscaba esa gente?

GIL RINCÓN

En el proceso
se me acusa, también, de haber osado
facilitar a un preso

ayuda sin la cual ahora se viera
justamente, tal dicen, castigado.
Y como el preso es Blas—¡quién te pudiera
ver feliz otra vez, hijo del alma!—,
con mi hacienda respondo de su huída,
que si mi hijo no vuelve, si es que vivo,
me la dan de seguro por perdida.
Y a eso entraron aquí; la lista hicieron
de todo cuanto vieron,
para añadirla ahora
al pliego en que la ley acusadora
me dice, en alegato hondo y prolijo,
que es un padre traidor si salva a un hijo.

PEDRO TOVAR

¿Y las tierras de arar?

GIL RINCÓN

Todo, cual humo,
se me fué de las manos, pues presumo
que esto, Pedro, va mal.

PEDRO TOVAR

En Dios confío.

GIL RINCÓN

Como tú, en su bondad tan sólo fío.

(A Juan y Miguel.)

Mas veníos acá, nobles rapaces.

(Juan y Miguel se le acercan.)

¿Qué os trajo por mi casa?

PEDRO TOVAR

Los he hallado
ya cerca en el camino.

GIL RINCÓN

Sois audaces
atreviéndoos a entrar por mis dinteles.

MIGUEL

Audaces, no.

JUAN

Decid que somos fieles
al pan que aquí comimos.

PEDRO TOVAR

Bien hablado.

GIL RINCÓN

¡Dios os colme de bienes! Por contado,
que venís a saber de Blas.

MIGUEL

Es cierto.

JUAN

¿Dónde está?

MIGUEL

¿Qué fué de él?

JUAN

¡Si yo pudiera...!

GIL RINCÓN

¿Qué harías, dime, Juan?

JUAN

Con él me fuera.

(GIL límpiase furtivamente una lágrima.)

MIGUEL

¿Lloráis?

(Temeroso por BLAS.)

¡Oh, Dios!

JUAN

(Con tremante angustia.)

Decid; ¿acaso ha muerto?

GIL RINCÓN

Corazones de oro: nobles prendas
que recordáis, hablándome, su vida;
lloro, sí, porque abristeis,
sin querer, en mi pecho una honda herida.
Al veros aquí, mírole,
alegre y victorioso,
batiendo con su brazo musculoso
el yunque, en tanto que era
corona de su frente
la lumbre, toda llamas, de la hoguera.

Allí, junto al hogar—ahora cenizas,
yerto ya, sin calor—, siempre le veo
entregado a su afán, sin más deseo
que el oírme decir al acostarnos:
"bendígate el Señor, y que mañana
no te falte su guía al levantarnos."

JUAN

(Aún en su tremenda duda.)

¿Vive Blas?

GIL RINCÓN

Tal espero.
Porque, si no, yo infiero
que su muerte me hubiesen anunciado
amigos que allá tengo y que lo harían
con suma diligencia y gran cuidado

MIGUEL

(Con inmensa alegría.)

¡Vive!

GIL RINCÓN

Sí.

JUAN

(Sacando del pecho un pañuelo y de él, desenvolviéndole, unas cuantas monedas de plata.)

Pues tomad.

GIL RINCÓN

¿El qué?

JUAN

Fué ahorrado
por Miguel y por mí.

GIL RINCÓN

(Cogiendo las monedas que le entrega JUAN.)

¿Qué hago con ello?

MIGUEL

Enviárselo a Blas.

JUAN

El muchas veces
se nos mostró con creces,
abriéndonos su mano, generoso,
y pensando que allí, caso seguro
que en la guerra se da, tenga un apuro
o un capricho, gozoso,
febril el corazón, os lo ofrecemos,
para que a Blas le llegue, pues que es suyo,
que esto y más, según cuentas, le debemos.

PEDRO TOVAR

(Acercándose a GIL RINCÓN, al par que le sujeta la mano con que quiere devolverles las monedas.)

Tómalo, Gil, que, cuando a Blas le llegue,
quizás un punto su dolor suspenda,
y, al recordarles, venturosas lágrimas
vierta, feliz, sobre la humilde ofrenda.
Tómalo Gil.

GIL RINCÓN

(Guardándose el dinero.)

Lo tomaré.

(Atrayendo a JUAN y MIGUEL sobre su pecho, al par que, haciendo un signo de santa protección, cubre con sus manos abiertas las dos frentes juveniles.)

Si un día
vuelve la calma a mi heredad, seguros
podéis estar de que tendré dos hijos
más que atender bajos sus viejos muros.

(Deshaciendo el protector abrazo.)

Sed como sois: el corazón sereno;
franca la mano y, como el alma, fuerte;
que todo aquel que ante su Dios es bueno
tiene valor para afrontar la muerte.
Sed como sois: sobre el abierto surco,
pródigos, dad el milagroso grano:
que, tras las nieblas del invierno frío,
tendréis los frutos del feliz verano.
Y ahora marchad, que la emoción me ahoga.
Idos. Adiós.

PEDRO TOVAR

(Empujando dulcemente hacia los umbrales de la calleja a los dos rapaces, cuya garganta tiene un nudo de lágrimas que les impide hablar.)

Abandonadle, os ruego.
Vuestra presencia despertó en su alma,
vedle sufrir, adormecido fuego.

JUAN

(Que con MIGUEL, ya traspasados los umbrales, pisan el suelo de la callejuela.)

Si Blas escribe...

PEDRO TOVAR

Lo sabréis; no hay duda.

MIGUEL

(Por GIL RINCÓN.)

Decidle adiós.

PEDRO TOVAR

Se lo diré.

(Viendo alejarse a JUAN y MIGUEL, que caminan muy juntos, como para ayudarse el uno al otro en su amargura.)

Llorando
fuéronse, Gil.

(Deja el umbral y se dirige hacia GIL RINCÓN, cuya frente yace abatida.)

¿Pero, también...? ¿Qué es esto?
¿Te vas, sin fuerza, al vendaval doblando?

GIL RINCÓN

(Desafiadora la enérgica cabeza, fuerte el mentón y en la frente una honda arruga de tenacidad y de coraje.)

Mal me conoces si crees,
puesto que así lo declaras,
que pueda doblar mis ímpetus
el vendaval con sus alas.

Los dos rapaces me hablaron
de Blas, con tales palabras,
con tan profundos acentos,
con tanto amor de mi casa,
que yo, que nunca he llorado,
sentí en mi boca una lágrima.
No me conoces si piensas,
pues que tu voz lo proclama,
que a Gil Rincón pueda hacerle
cobarde o ruín la desgracia.

PEDRO TOVAR

Pues ya que te muestras fuerte
contra el destino, afianza
más tú valor, que me han dicho
cosas que temo contártelas.

GIL RINCÓN

Habla sin miedo. ¿Qué dicen?

PEDRO TOVAR

Que hoy, por Iñigo firmada,
llegó tu sentencia a Burgos.

GIL RINCÓN

Y esa sentencia, ¿qué manda?

PEDRO TOVAR

Que mueras, Gil, en la horca
por ser traidor a la causa
del rey.

GIL RINCÓN

¿Sin resquicio alguno?

PEDRO TOVAR

Sin más.

GIL RINCÓN

La sentencia es clara.
¿Lo sabe el pueblo?

PEDRO TOVAR

Lo sabe.

GIL RINCÓN

¿Y el pueblo qué dice?

PEDRO TOVAR

Nada.

GIL RINCÓN

¡Dios le perdone!

PEDRO TOVAR

Aún nos quedan,
óyelo bien, esperanzas
de que, al final, no resulte
tan infeliz tu jornada.
Cuentan aquellos que siguen,

paso por paso, la marcha
de tu proceso, que Iñigo
no ha de cumplir su venganza
sin que antes tenga a Castilla
bajo el poder de sus armas.
Iñigo piensa, esto dicen
los que a diario le tratan,
darte al verdugo aquel día
que, al lado tuyo, en la plaza
pueda decir un heraldo
de parte suya, en voz alta:
"Castilla por mí; si alguno
ahora moverse intentara,
que en el espejo se mire
de quien traidor fué a mi causa."

GIL RINCÓN

¿Sabe esto el pueblo?

PEDRO TOVAR

Lo sabe.

GIL RINCÓN

¿Y el pueblo qué dice?

PEDRO TOVAR

Nada.

GIL RINCÓN

No queda, pues, en la mesa
más, a mi ver, que una carta.

PEDRO TOVAR

La misma, sí, que hace poco
pensé cuando di esperanzas
a tus tristezas: que gane
Castilla, al fin, la jornada.

GIL RINCÓN

(Amenazador.)

¡Si gana Castilla, entonces...!

PEDRO TOVAR

Venganza, Gil, por venganza.

(Teresa, que entra por el portón, cruza la escena lentamente, como si un abatimiento físico y moral la quisiera doblegar para siempre sobre la tierra y se dirige al escaño, en el que se sienta, dejando caer, mustia, la cabeza sobre el pecho.)

GIL RINCÓN

(A Teresa.)

¿Hay algo de Blas? ¿Qué dicen
de Juan Lorenzo? ¿Qué se habla
por esas calles de aquellos
que en son de guerra levantan,
mientras nosotros callamos,
contra el virrey sus espadas?
¿Qué sabes?

TERESA

Si les pregunto,
todos, con miedo, se callan.

que todos, desde que vivo
como hija, aquí, en vuestra casa,
temiendo a que les acusen,
de mí, prudentes, se apartan.

GIL RINCÓN

¿Qué culpas fueron las mías?
¿Qué hicieron, decid, mis canas
para que así me las traten
con tal rigor? ¿De qué mañas
o malar artes valíme
para luchar? ¿No es honrada
mi condición? ¿Por qué entonces
me azuzan con tales armas,
que más que un hombre parezco
fiera que muerde acosada?

TERESA

¡Ya un mes de lucha sin tregua!

GIL RINCÓN

Ya un mes que de una ventana,
como un ladrón que se hubiese
metido así en el alcázar,
se descolgó, entre las sombras,
aquél que mi hogar honraba.
Ya un mes que tu hermano, huyendo
de la justicia que, airada,
le perseguía, segura
de que él tomó parte franca
en la huída de Blas, marchóse

tras de éste, a la otra mañana,
para luchar como hermanos
en una misma mesnada.
Ya un mes que tú, sin ventura,
te entraste por esta casa
pidiendo amparo al que de este
tan débil modo te ampara.
Ya un mes que Iñigo, valiéndose
de su poder y sus dádivas,
o de que adversa la suerte
para nosotros soplaba,
logró que ni uno de aquellos
que yo, en mi escrito, citaba
como testigos, perjuros,
tras de mi firma firmara,
quedando así, ante los jueces,
mi acusación como falsa.

PEDRO TOVAR

Yo sí firmé.

GIL RINCÓN

¿Y qué ganaste?;
toda tu hacienda embargada,
que si aún te alienta la vida
fué porque en poco tasáronla,
que hoy vale aquí una cabeza
según la gente que arrastra.

TERESA

(Levantándose para prestar oído atenta, recónditamente.)

¡Callad! ¿No oísteis? Parece
cual si un rumor de campanas...

PEDRO TOVAR

¿Y qué?

GIL RINCÓN

¿Qué importa que suenen?

TERESA

Sí, porque a muerto sonaran
para nosotros, que en Burgos
orden se dió de soltarlas
si se reciben noticias
del condestable harto gratas.

PEDRO TOVAR

¡Que Burgos, brújula y honra,
cabeza, flor y esperanza
de ambas Castillas, se vea
como hoy se ve! ¿Dónde la alta
cerviz de aquellos villanos
que al par, sin miedo, trataban
de libertades y fueros
con sus preclaros monarcas?

GIL RINCÓN

Villanos son los que sobran;
pastores son los que faltan.
Yo que viví entre pastores,
allá, por mi edad lozana,
sé cosas que a ellos atañen
y es bueno aquí el recordarlas.

Cuando un pastor ve a la noche
cubrir las altas montañas,
llenando valles y selvas
de espesas sombras calladas,
mete al rebaño entre redes,
pone al mastín la carlanca,
y él, sin dormirse del todo,
se da al descanso, apretada
contra su pecho, en las manos,
como una cruz, la cayada.
El lobo, en tanto, sin ruido,
fosforescente la llama
de sus pupilas y al viento
las dos orejas en guardia,
ronda, incansable, de cerca
la silenciosa majada,
por si, un instante, dormidos
pastor y perros quedaran,
y entonces dar, sin peligro,
satisfacción a sus ansias.
Pero el pastor no se duerme
ni el can tampoco, y el alba
sorprende al lobo, que huye,
ya sin reflejos la llama
de sus pupilas y mustias
las dos orejas, tan bajas,
que no conservan de lobo
más que la forma alargada.
Villanos son los que sobran;
pastores son los que faltan
que, sin dormirse, descansen
contra su pecho apoyada,

por si los lobos vinieran,
como una cruz, su cayada.
Durmiéronse los pastores,
y el lobo entró en la majada
como entra la hoz en las mieses
y entra el granizo en las cañas.
No nos quejemos, Tovar;
si aquí se perdió la causa
fué porque entró en nuestras redes
el condestable, que estaba
rondando, atento y de cerca,
la silenciosa majada.
Durmiéronse los pastores,
tanto pudieron las dádivas
con el temor, y ahora vemos
cómo el rebaño, sin guardas,
apenas se grita: "¡el lobo!",
por el terror se desmanda.
Si allá Girón y los suyos
se duermen a igual usanza
que los de acá, por perdida
tendremos ya la jornada,
que sólo habrá por Castilla,
para baldón de su fama,
pastores que se durmieron
y ovejas que se desmandan.

(Fugaz, inesperadamente, como el que viene de huída, penetra JUAN LORENZO por el portón Lleva el sombrero echado sobre los ojos y el embozo de una amplia capa subido casi a ras del sombrero.)

¿Quién se entra así por mi puerta?

JUAN LORENZO

Un hombre al cual el destino
le empuja hacia este camino
y hallóla a su paso abierta.

TERESA

(Creyendo reconocer la voz de su hermano.)

¿Qué voz, santo cielo, es esa?

PEDRO TOVAR

(En la misma duda que TERESA.)

¿Quién...?

(JUAN LORENZO se destapa del embozo.)

GIL RINCÓN

(Con indecible asombro.)

¡Tú!

TERESA

(Cayendo en brazos de su hermano.)

¡Juan Lorenzo!

GIL RINCÓN

(A PEDRO TOVAR.)

El paso
cierra a esa puerta, que, acaso,
pudieran vernos.

(PEDRO TOVAR cierra la hoja del portón.)

JUAN LORENZO

(Estrechando a TERESA contra su pecho.)

¡Teresa!

PEDRO TOVAR

¿Cómo tú aquí?

GIL RINCÓN

¿No te han visto?

JUAN LORENZO

Nadie; pues vine embozado
hasta el sombrero.

TERESA

Abrazado
te tengo y aún me resisto
a creer que eres tú. ....

GIL RINCÓN

¿Y mi hijo?
¿Dónde a mi Blas le dejaste?
Cuando de Blas te apartaste
¿qué era de él? Di.

JUAN LORENZO

(Revelando en la actitud de toda su figura una invencible tristeza.)

De fijo
no sé qué es de Blas.

TERESA

(Con suma extrañeza.)

¿No es cierto
que iba contigo?

GIL RINCÓN

(Recelando una espantosa tragedia.)

Responde.
¿Y Blas?

TERESA

(Recelosa también.)

¿No contestas?

(JUAN LORENZO abate la cabeza, y así, mudo, como un culpable, siente en uno de sus hombros la mano crispada de Gil Rincón.)

GIL RINCÓN

¿Dónde
quedó?

TERESA

(Tendiéndole en cruz las manos.)

¿Vive?

PEDRO TOVAR

¡Di!

GIL RINCÓN

¡Habla!

TERESA

(Herida, ante el silencio acusador de su hermano, por el rayo iracundo de la verdad.)

¡¡¡Muerto!!!

GIL RINCÓN

(Sobreponiéndose, esforzadamente, a tan impío golpe.)

Pronto. No tiembles. Te escucho.
¿Murió?

JUAN LORENZO

Luchando.

PEDRO TOVAR

¿Le viste
morir?

TERESA

(Cortada su voz por insisten. sollozos.)

¡Mi amor se resiste
a tanto dolor!

GIL RINCÓN

(A Teresa.)

¡Que es mucho
que yo no pueda saber
cómo murió mi hijo Blas!
Si grande es tu pena, más
tendrá la mía que ser.

JUAN LORENZO

Cuando cayó de la silla,
bajándome yo también,
puse, aún caliente, su sien
en mi doblada rodilla.
Abríle el peto, aterrado
sentí perder la esperanza;
mortal y enemiga lanza
le había herido el costado.
Me habló... lo que no entendí;
—su voz apenas se oía—
y a poco después moría;
y a poco enterréle allí.

GIL RINCÓN

¿Murió con honra?

JUAN LORENZO

Cual era.
Fué de los pocos que dieron,
nobles, la cara.

GIL RINCÓN

¿Qué hicieron,
pues, los demás?

JUAN LORENZO

Lo que hiciera
cualquier cobarde: al contrario
cederle el campo, en la huída

poniendo a salvo la vida
como cualquier mercenario.

GIL RINCÓN

Luego ¿han vencido?

JUAN LORENZO

(Con rabia.)

Vencieron.

GIL RINCÓN

Ganóme al fin el virrey.

JUAN LORENZO

Ya no hay más ley que su ley.

GIL RINCÓN

(A Pedro Tovar.)

También allá se durmieron.

(A Juan Lorenzo.)

¿Hubo traición?

JUAN LORENZO

Sí la hubo.

GIL RINCÓN

¿Por parte de quién?

JUAN LORENZO

De todos;
que allí de distintos modos
quién más quién menos se abstuvo.

PEDRO TOVAR

¿Quién os mandaba?

JUAN LORENZO

Padilla.

GIL RINCÓN

¿También Padilla enseñó
la espalda al contrario?

JUAN LORENZO

No;
que el pecho dió por Castilla.

GIL RINCÓN

¿Vienes huído?

JUAN LORENZO

Sí; vengo
tan sólo, Gil, para daros
cuenta de Blas, y abrazaros
a todos, porque no tengo
más tiempo aquel que el preciso

de descansar un instante,
pues voy Castilla adelante
en busca del mar.

(Ante un gesto interrogativo de Teresa.)

Dios quiso
que abandonara esta tierra,
por la que ya la venganza,
segando vidas, se lanza
tras del horror de la guerra.

GIL RINCÓN

¿Dónde enterraste a mi Blas?

JUAN LORENZO

Allí donde Blas cayó.

GIL RINCÓN

¿Muy hondo en tierra cavó
tu mano?

JUAN LORENZO

Sí; por demás.

GIL RINCÓN

Pues ya que a Blas enterraste
y en paz descansa tranquilo
cuéntanos todo.

JUAN LORENZO

(Se sienta en un taburete, doblada su cabeza sobre ambas manos, que pondrá abiertas sobre los ojos, como para interceptar con ellas una lúgubre visión.)

¡Oh, Dios!

PEDRO TOVAR

Dilo,
que a eso, al venir, te obligaste.

JUAN LORENZO

(Como recordando.)

Ante la luz de mis cansados ojos,
lentamente, desfila,
en apretada fila,
con altas picas y pendones rojos,
la ruda muchedumbre de lanceros,
y, detrás de las grupas palpitantes,
las pesadas bombardas resonantes
seguidas de ocho mil arcabuceros.
Así, tras de Padilla,
cruzamos las llanuras que en Castilla
aún por abril, bajo los fríos, blancas
se tienden desde el campo de Simancas
hasta tierra de Toro, adonde íbamos
en busca de sus muros,
a cuya sombra, de esperanzas llenos,
pensábamos luchar, al fin seguros.
Era un amanecer triste y lluvioso,
en el que el suelo, por la espesa lluvia
encharcado y fangoso,

atascaba el rodar de los cañones:
oscuro amanecer que no ponía,
como otras veces, al romper del día,
ni el más leve arrebol en los pendones.
Iba don Juan, el héroe de Toledo,
un poco cabizbajo entre su gente,
no porque fuese a sucumbir al miedo,
sino, tal vez, porque su noble frente
pensaba con vergüenza en los traidores
que así le abandonaban cuando era
más fuerte el crepitar de la ancha hoguera,
más rojos sus siniestros resplandores.
Que allí Pedro Girón y Acuña, dándole
mil disculpas, ninguna razonada,
le negaron la ayuda de sus huestes
y con ella el apoyo de su espada.
*Era un amanecer, como os decía,
*sin un rayo de luz, que encapotado,
*el cielo por Oriente aparecía,
*tras del negro turbión, todo cerrado.
*Ni una voz, ni un aliento; sólo el ruido
*de la gente que, en fila, sobre el barro
*caminaba ceñuda, y el chasquido
*de una tralla que, a veces, en los baches
*azuzaba los tiros de algún carro.
Seis horas ya que habíamos salido
de Torrelobatón, cuando a lo lejos
percibimos, bien claros, los reflejos
de una trémula llama, luz que, amiga,
—señal que anteriormente fué acordada—
prometiéndonos dar mesa y posada
a apretar más el paso nos obliga.

Era aquel Villalar, pueblo que hubiera
recibido, tal vez, nuestra bandera
con acordes triunfales, si al abismo
no la arrojan, cobardes, los traidores
sin más fe que la voz de su egoísmo.
¡Villalar! ¡Villalar! gritan las gentes,
con tan ronco clamor, que, por el hueco
dilatado y oscuro
de lejano confín, retumba el eco.
Mas cuando ya las frentes,
ante el puerto feliz, tórnanse altivas,
surgiendo repentinos
—sólo aquí la traición pudo decirles,
en la noche sin luz, tales caminos—,
más de tres mil jinetes imperiales
se nos entran de pronto, cual las vivas
alas de un huracán, por nuestra espalda,
blandiendo, más que indómitos, feroces,
en las sangrientas manos,
las seguras espadas, cual las hoces
flamea el labrador por los veranos.
Quisimos resistir, pero fué inútil;
que el agua y el turbión, si nos volvíamos,
al par que como un velo nos cegaban,
dejándonos de pronto sin aliento,
por la boca, al gritar, se nos entraban.
Solamente Padilla, puesto en alto
sobre el firme sostén de sus estribos,
con voz que el ronco viento repetía.
¡Por Santiago y España!, le decía
a la turba cobarde que corría
sin querer dar el pecho en el asalto.

No fueron, no, leones; sólo fueron
ovejas de un rebaño, desmandadas,
los míseros villanos que cayeron
sobre aquellas llanuras encharcadas.
Que allí, todos revueltos—¡oh, vergüenza!—,
en loca confusión; todos gritando;
lanzas, yelmos, espadas y armaduras,
como inútiles prendas, sobre el suelo,
por salvarse, al correr, iban tirando.
*Y para más dolor, luego se supo
*que, al comenzar la lid, un tal Saldaña,
*artillero mayor de nuestras piezas,
*las atascó en el cieno hasta los ejes,
*huyendo a Villalar tras de su hazaña,
*donde acaso Iñigo, al otro día,
*la cuenta de su infamia cobraría.
Padilla al fin cayó; le ví marchando,
aún ceñido a la cinta el fuerte acero
y en su yegua alazana cabalgando,
de un tropel de soldados prisionero.
Fué en el instante mismo en que tenía,
ya sin vida, a mis pies a vuestro hijo,
y en que, en santa oración, sobre él ponía
la ancha cruz de mi espada, tinta en sangre,
por no haber allí, a mano, un crucifijo.
*¡Villalar! ¡Villalar! ¡Qué triste gloria
*nos legaste al caer! Si, andando el tiempo,
*recuerdan, doloridos, tu memoria,
*delante de sus hijos, los villanos,
*para ocultar, humildes, su vergüenza,
*llorarán con la frente entre las manos.
Y era alta noche ya, cuando, escondido,

tomé, bajo las sombras, el partido
de entrarme en Villalar, donde segura
manera pude hallar por este traje
de cambiar, sin peligro, mi armadura.
Y era también al despertar la aurora
—la tremenda visión de aquella hora
me llena todavía de amargura—
cuando al dejar los altos arrabales,
ya camino de aquí, llegó a mi oído
sordo rumor de roncos atabales,
y, después de tan lúgubre sonido,
un pregón infamante que decía:
"Por traidores al rey, hoy es el día
en que darán al tajo la cabeza
tres malos caballeros que su escudo
mancharon, sin rubor, con su vileza.'
Corrí, veloz, al campo del suplicio,
y allí, junto al verdugo, en un tablado,
sin temor aguardando el sacrificio,
tras mis lágrimas, ví, de pie, a Padilla,
a Bravo, cerca de él, y a Maldonado
doblado ya ante el tajo la rodilla;
y, mirándoles dar con noble orgullo
la cerviz a la muerte, en un estrado,
de flotantes banderas
y de un rico dosel empavesado,
a Iñigo el Condestable, a quién rendía,
con plumajes de gala en los crestones
un grupo de orgullosos Infanzones
obligada y severa pleitesía.
Murieron, sí, los tres; murió Padilla,
y al rodar por el suelo su cabeza,

toda la ancha llanura de Castilla
se cubrió con un velo de tristeza.
Y rompiendo ya el sol, bajo este traje,
salí de Villalar, solo al destino,
sin confianza en la ayuda de los hombres,
confiando la estrella de mi sino.

(Poniéndose en pie y mostrando, al abrir del todo su amplia capa, la cruz roja de los comuneros, que lleva prendida sobre su corazón.)

Si vencido me veis, no estoy domado;
pues si todos a tierra, desprendida,
la dejaron caer para salvarse,
como debe a su honor un buen soldado,
yo aún aquí nuestra cruz llevo prendida,
cual la sangre cuajada de una herida
que estuviese aún abierta en mi costado.

GIL RINCÓN

Malditos sean, malditos,
los que a la cita no fueron,
y en Villalar a Padilla
dejaron solo de intento,
cuando su ayuda bien pudo
llevar la nave a buen puerto.
Malditos, sí, los traidores,
que con el agua y el viento,
la tierra toda hecha lodos
y las negruras del cielo,
de tan sombría jornada
la culpa entera tuvieron.

(De pronto, preciso, rotundamente claro, llega sobre las tendidas alas del viento, un insistente y clamoroso voltear de campanas.)

JUAN LORENZO

(Prestando oído al resonante campaneo.)

¿Qué escucho?

TERESA

(Retorciéndose las manos con trágica desesperación.)

¡Ahora, sí!

PEDRO TOVAR

Ya debes
marcharte...

TERESA

(Abrazándose desesperadamente a su hermano.)

¡Aún no!

PEDRO TOVAR

... porque el eco
de esas campanas augura
señal de muerte.

GIL RINCÓN

(Dándole el sombrero.)

Ligero
cúbrete y parte, no vengan
gentes de Iñigo a mi encuentro.

PEDRO TOVAR

(Arrebatando a JUAN LORENZO de los brazos de su hermana.)

¡Huye!

TERESA

¡Soltadle!

PEDRO TOVAR

¡Huye!

(Abre una de las hojas del portalón, y por ella éntrase, en una ráfaga que llena el ancho zaguán de metálicos sonidos, el volteo loco y tenaz de las campanas.)

¿Escuchas?

GIL RINCÓN

¡No te detengas!

(Besándole como besó a Blas en el instante de su postrera partida.)

El cielo
premie tu acción, que yo, padre,
muy en el alma la tengo.

(Juan Lorenzo nuevamente se ciñe el sombrero hasta casi a ras de los ojos.)

PEDRO TOVAR

(Señalándole desde el umbral uno de los extremos de la calleja.)

Toma ese rumbo.

JUAN LORENZO

(Ya en los umbrales.)

Teresa:
si Dios te escucha, deseo
que reces por mí. No llores;
que he de volver. Adiós, Pedro.

En vos confío; cuidadla,
puesto que a vos os la dejo.

(Tras de embozarse como vino, parte, fugaz, hasta perderse por los solitarios callejones.)

TERESA

¡Huíd!

PEDRO TOVAR

¡Con él!

TERESA

¡Sí!

GIL RINCÓN

¡Callaos!
Nací en Castilla y empeño
tengo en que sea Castilla
quién guarde, al cabo, mis huesos.

PEDRO TOVAR

¡Vete!

TERESA

¡Aún es tiempo!

GIL RINCÓN

¡Qué importa
morir o no, si mis sueños
de amor y de paz se han ido
detrás de aquél que ya ha muerto!

(Al cielo.)

A ti, que viste lo honrado
de su vivir; el anhelo
de aquella frente que nunca
manchó un impuro deseo;
que le miraste al trabajo,
siempre tan dócil, sujeto;
siempre con todos tan noble;
siempre conmigo tan bueno;
te pido que des el fallo
de tu justicia, severo,
contra quien tenga la culpa
de todo el mal que le hicieron.

(TERESA quiebra su pecho en un llanto sombrío y desconsolador.)

PEDRO TOVAR

(Atrayéndola contra su corazón, donde ella esconde, como un pájaro mal herido, la atormentada frente.)

No llores.

GIL RINCÓN

¿Por qué no? ¿Dime?
¡Que llore; déjala, Pedro!
Castilla hoy está triste; pues que llore;
que llore por Castilla;
que, al rodar de los años, esas lágrimas,
como el fruto al caer, se harán semilla.
Tus canas, que ultrajaron,
con mis canas también, que hoy pagan culpas
que debieran pagarlas los traidores,
revueltas, bajo el surco, con su llanto,
tendrán, al resurgir, nuevos verdores.

La sangre de mi hijo, roja savia
que cayó sobre el surco generosa,
se hará, bajo las lluvias fecundantes,
una encina rural, fuerte y frondosa.
Y, a la sombra feliz de los tres árboles
—llanto de amor, vejez que fué ultrajada,
y noble juventud que vió Castilla
caer en sus altares inmolada—
los siglos venideros
tendrán, porque hoy nosotros lo sembramos,
seguras libertades y amplios fueros.
La sangre del rebaño no es estéril
simiente que en el surco esté perdida;
como no hay nada inútil
ni nada de infecundo en esta vida,
mañana los villanos han de verla
florecer, bajo el sol, reverdecida.

(Bajo el palio cada vez más clamoroso que tienden las campanas por el azul del cielo, se percibe un rumor de gente alborotada que, cada vez más próxima, viene al fin a detenerse en los mismos umbrales. Es una turba de soldados a cuyo frente, con su tabardo y su capucha de color de sangre, viene el verdugo con un rollo de cuerdas, ya prontas para el suplicio, en las manos.

La severa actitud de GIL RINCÓN, la vejez de PEDRO TOVAR y tremendo dolor de TERESA, que, desprendiéndose de los brazos de éste acude a los de GIL RINCÓN para escudarle, detienen un instante a la turba en los mismos umbrales del zaguán.)

ASÍ TERMINA LA JORNADA TERCERA

2 pts



Precio: **4** pesetas.